Rodriguez Rubí (D. Tomás)
La rueda de la fortuna

Mexico, 1851

5

LA RUEDA

DE

LA FORTUNA,

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

de don

TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.



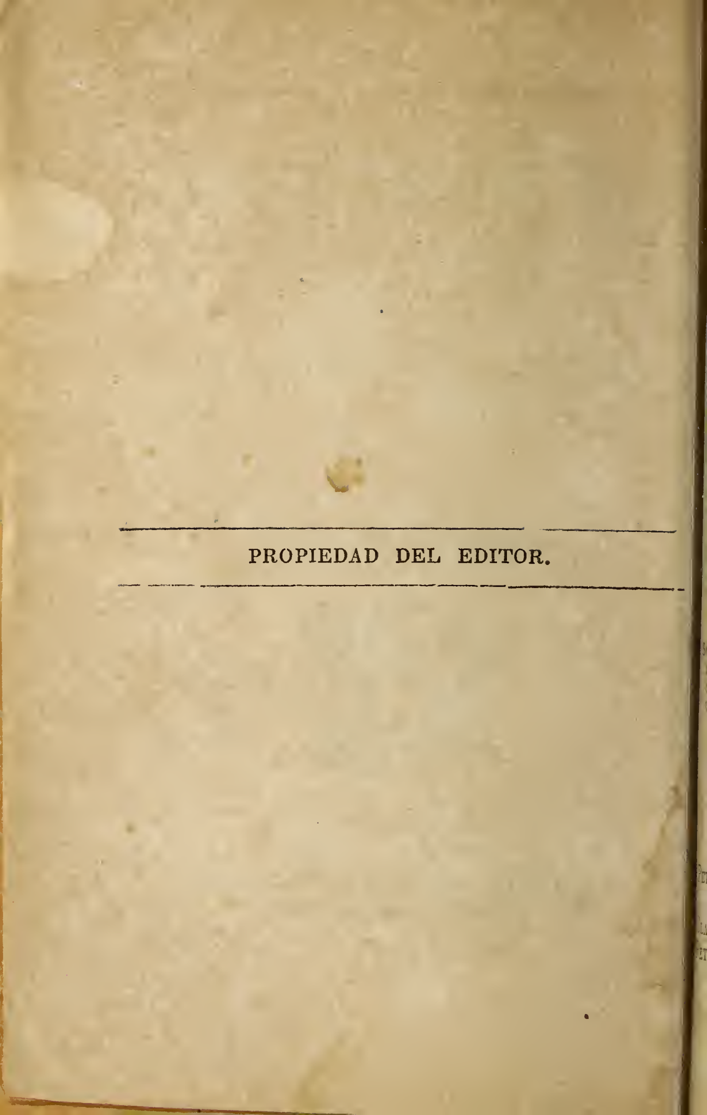
EDICION DE LA CIVILIZACION.

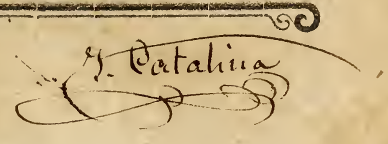


MEXICO.

IMPRENTA DE JUAN R. NAVARRO,
Calle de Chiquis núm. 6.

1851.





PERSONAJES.

ZENON.—MAURICIO.—CLARA.—DON DIEGO FAJARDO —EL CONDE DEL VALLE.—PETRONILA.—UN CRIADO.—RIOJANOS.

La accion de este acto pasa en un pueblo de la Rioja en 1.84. . . .

ACTO PRIMERO.

Sala baja de la casa de un rico labrador de la Rioja. Puerta en el fondo, por la que se descubre el campo, y otras dos, una á la derecha y otra â la izquierda del teatro. En este lado un armario antiguo.

ESCENA PRIMERA.

CLARA.—PETRONILA.

PET. Si no me mata hoy el gozo,
digo que el gozo no mata.
CLARA. ¡Petronila! . . . ¿esa alegría. . . .
PET. Señorita doña Clara,
hoy se me quitan diez años
de encima.

CLARA. Pero ¿qué causa. . . .
PET. ¡Pues no sabe vd. . . .
CLARA. No tal.
PET. Vamos, si yo estoy en Babia;
si parezco una chiquilla. . . .
si no sé la que me pasa.
CLARA. Mas. . . .
PET. A eso voy; por supuesto
que estaré como una grana
de encendida, lo conozco,
porque cuando de él se trata. . . .
CLARA. Mas ¿quién es él?
PET. Mi Zenon. . . .
CLARA. ¿Qué dice vd.? (*Con alegría*)
PET. Sí; ¡el de marras!
mi dije, mi estudiantillo,
el hijo de mis entrañas. . . .
lo he criado, señorita,
y con decir esto basta.
CLARA. Sí, sí, ya sé. . . . y ¿qué sucede?
acabe vd.
PET. Bien; me encanta
ese afan que tiene usté
por saberlo. . . . ¿pues no? vaya,
¿á qué negarlo? Ustés dos
se quieren. . . .
CLARA. ¡Ay Vírgen santa!
PET. Y hace vd. bien, sí señora;
porque mi Zenon, en plata,
es el mozo mas lucido
que hay en toda la comarca.
CLARA. ¡Por Dios! que mi padre puede
escuchar. . . .
PET. ¡Hum! ¡qué embajada!
Y que lo escucbe y lo sepa. . . .
mejor es hoy que mañana:

si á la postre Dios ó el diablo
han de tirar de la manta. . . .

CLARA. Pero aun no me ha dicho usté. . . .

PET. Y es verdad, se me olvidaba. . . .
¡Toma! que ya concluyó
de estudiar, y vuelve á casa
hecho un dotor. . . .

CLARA. ¿Cuándo, cuándo?

PET. Hoy mismo. . . .

CLARA. ¡Cielos!

PET. Cachaza;
vea vd., vea vd. lo que escribe
á su padre. . . . aquí guardada
sobre el corazon la tengo. . . .
ya, ya verá vd. qué carta. . . .

CLARA. Venga acá

PET. (*Dándosela.*) Léala vd. alto;
quiero otra vez escucharla
aunque llore y gimotée. . . .

CLARA. (*Lee.*) "Padre mio: tengo el placer de anunciarle para su satisfaccion que he terminado felizmente mis estudios, y que he recibido hace dos dias la borla de doctor en leyes."

PET. ¡Qué discreto! ¡Hijo de mi alma!

CLARA. "Saldré inmediatamente de esta corte con direccion á ese pueblo, y en breve tendré la envidiable fortuna de abrazar á vd. y á mi buena Petronila, para no separarnos jamás."

PET. Jamás, jamás. ¿Lo oye vd.?
¡Dios lo bendiga! ¡qué pasta!

CLARA. Con que es decir que muy pronto
le veremos.

PET. Cosa es clara;
mas ¿no sigue vd. leyendo?

CLARA. ¿Hay mas?

PET. ¡Friolera! Otra llana

en que habla de vd. . . .

CLARA. ¡De mí!

PET. A la vuelta, carta canta.

CLARA. "Ya no ambiciono mas que una cosa para asegurar completamente mi felicidad. . . . . la mano de la virtuosa Clara. Esa jóven tan pura como desgraciada, me ha inspirado un amor vehemente, profundo, y ahora que ya tengo un porvenir, que me hace mas digno de ella, se lo anuncio á vd., padre mio, porque no dudo que merecerá su aprobacion y me ayudará con su influjo á obtener la esposa que hace mucho tiempo eligió mi corazon."

PET. ¡Qué bien se explica! ¿Eh? ¿qué tal?
No hay que ponerse encarnada,
¡qué diantre! . . . aquí estamos solas,
y luego, cosa mas santa,
¿no es verdad?

CLARA. Sí. . . . Petronila. . . .

PET. Levante vd. esa cara,
que lo demás es andarse
con repulgos de empanada.
Míreme vd . . . así, así,
y dígame facha á facha. . . .
le quiero porque es muy guapo,
me regusta, y santas pascuas.

CLARA. Sí, sí. . . . pero calle vd.,
que en esa vecina estancia
mi padre. . . .

PET. Vuelta, mi padre. . . .
¿y aunque escuche lo que se habla
que ha de icir el buen señor?

CLARA. Sin embargo, sus desgracias
le tienen exasperado,
y pudiera. . . .

PET. ¡Patarata!
verá vd. cómo en la boda

es el primero que baila,
y se le quita la murria
y ese genio de. . . .

CLARA. ¡Dios lo haga!

PET. Lo hará, lo hará, y con su amparo
mi señor, sin mas tardanza
la va á pedir á vd. hoy.

CLARA. ¡Jesús! ¿hoy?

PET. ¿Por qué se espanta?
Ya sabe vd. que aquí nunca
nos andamos por las ramas.
Hoy la pide, sí, señora,
porque quiere á la llegada
de su chico, sorprenderlo,
y decirle: buena alhaja,
ahí la tienes, cásate,
salud y cosecha larga.

CLARA. No quisiera que tan pronto
esas bellas esperanzas
llegaran á convertirse
en realidades amargas. . . .
No sé qué nuevos pesares
está anunciándome el alma.

PET. ¿Otra te pego? ¡por vida! . . .
¿volvemos á las andadas?
No se apure vd. jamás
por duendes ni por fantasmas,
mientras de lejos asusten
y no presenten la cara.
Hoy llega Zenon, señora:
los mozos y las zagalas
tratan de ir á recibirlo
hasta la ermita, y su ama
ya puede vd. figurarse
que no piensa caer en falta:
vamos á ver, ¿quiere vd.

ser tambien de la comparsa?
CLARA. No sé si querrá mi padre. . . .
PET. ¡Válgame la Candelaria!
si le tiene vd. mas miedo
que á los toros de Navarra.
CLARA. Bueno, yo se lo diré. . . .
PET. Pues eso que no se trata
de ningun aquel que sea
impropio de gente honrada.
¡Ea! . . me voy: en un vuelo
dejo corriente la casa
y vuelvo aquí por vd. . . .
¡vamos, ánimo y mas alma! . . .
Si estas niñas de Madrid
parecen unas estautas.

ESCENA II.

CLARA.

¡Qué envidiable es esta gente
con su feliz ignorancia
sin aspirar ambiciosa
del mundo á la pompa vana!
Las horas de su existencia
aquí tanquilas resbalan
bajo el influjo benéfico
de estas purísimas auras. . . .
y de ese sol que en sus prados
placer y vida derrama.
Si yo pudiera algun dia
gozar de la dulce calma
que brinda por todas partes
esta escondida morada,
¡oh! . . . qué dichosa. . . . mas, no,

¡fascinadora esperanza! . . .
¿Y el orgullo de mi padre?
¿y el esplendor de su casa?
¡Ay de mí! ¡yo debo ahogar
esta pasion insensata!
Mas ¿quién se acerca? ¿no es él?
¿tan temprano y fuera estaba?
¡Oh! . . . ¡cada vez mas sombrío!
en esa frente inclinada
alcanzo á ver la honda huella
de los dolores del alma.—

ESCENA III.

CLARA.—D. DIEGO.

DIEGO. (*Sin reparar en su hija.*)
¡Nadie! tampoco hoy vendrá. . : .
¡qué calma. . . . condenacion!
CLARA. Padre mio. . . .
DIEGO. ¡Quién! ¿es mi hija?
CLARA. Vuestra Clara, sí, señor.
DIEGO. Muy pronto has dejado el lecho.
CLARA. Me levanté con el sol. . . .
pero vd. ha madrugado,
segun veo, mas que yo.
DIEGO. Sí.
CLARA. ¿Y qué tal? ¿con el paseo
se encuentra vd. ya mejor?
DIEGO. Lo mismo.
CLARA. ¿Bajó usté al valle?
DIEGO. No.
CLARA. ¿Es cierto que en derredor
ha hecho la última tormenta
mucho estrago?

DIEGO. ¿Qué sé yo?
CLARA. ¿Se enfada vd.?
DIEGO. No, hija mia;
perdona á mi mal humor
que hasta contigo se estrella
sin motivo ni razon.
Es de mi suerte enemiga
tan excesivo el rigor,
que ya me faltan las fuerzas,
la fe y la resignacion.
Medito en lo grande que era
y en lo pequeño que soy,
y al cabo me he convertido,
ya lo ves, en un huron.
CLARA. Pero ¡cuánto mas felices
vivimos aquí los dos?
Es cierto que no hay riquezas,
ni lujo ni ostentacion,
ni aumentamos de la corte
el brillo deslumbrador;
mas estas gentes sencillas
nos aman. . . .
DIEGO. Por compasion.
CLARA. En esos montes y valles
se encuentra. . . .
DIEGO. Nieve ó calor,
ó lobos ó precipicios,
lagunas. . . . ¡linda mansion!
CLARA. (Imposible! . . . cada dia
mas tenaz, ¡válgame Dios!)
¿Sabe vd. que va á llegar. . . .
DIEGO. (*Con ansiedad.*) ¡Quién! ¿tú lo sabes?
CLARA. ¿Pues no?
DIEGO. ¿Quién te ha dicho?
CLARA. Petronila.
DIEGO. ¿Petronila?

CLARA. Sí, señor.
DIEGO. Y ¿á ella. . . .
CLARA. Si lo ha criado. . . .
DIEGO. ¿Al conde ha criado?
CLARA. No,
á Zenon, que hoy va á llegar
y ya viene hecho un doctor.
DIEGO. ¡Eh! . . . ¿qué importa ese muchacho?
¿me traerá la salvacion?

ESCENA IV.

CLARA.—D. DIEGO.—MAURICIO.

MAUR. Que Dios nos dé buenos dias,
á vdes., á mí y á tos.
CLARA. Muy buenos, señor Mauricio.
MAUR. Y ¿cómo va ese valor,
señor don Diego?
DIEGO. Tal cual.
MAUR. Vaya, me alegro: ¿y el sol
de la Rioja?
CLARA. Como siempre. . . .
MAUR. Como siempre, hecho un primor.
Hombre; ¿es usté el que á la cresta
del monte se encaramó
esta mañana?
DIEGO. Yo, sí.—
MAUR. Tambien es buena aprension.
DIEGO. Las suelo tener muy raras. . . .
MAUR. Hombre, no digo que no,
si pajarraco mas propio
que usté sobre aquel monton
de peñas. . . ¡quiá! . . ni pintado.
DIEGO. (*A Clara.*) ¿Oyes?

CLARA. (*A Diego*) Tal vez no pensó. . .
MAUR. Pues no se ande vd. en jolgorios,
que en nuestra edá á lo mejor. . . .
¡pataplum! . . . y en las alturas
es muy malo un resbalon.
DIEGO. Es verdad, señor Mauricio,
eso muy bien lo sé yo.—
MAUR. Si es una verdad mas grande
que el templo de Salomon.
Pero ahora que me recuerdo,
tenemos que hablar.
CLARA. (¡Ay Dios!)
DIEGO. ¿Conmigo ha de ser?
MAUR. Y á solas.—
Señorita, con perdon. . . .
CLARA. (*Bajo.*) ¿Qué va usté á hacer?
DIEGO. Vete, Clara.
CLARA. (¡Ay de mí!) Voyme, señor.—

ESCENA V.

D. DIEGO.—MAURICIO.

MAUR. Pues como íbamos diciendo,
ello será lo que quiera;
mas, cada cual en su esfera. . . .
en fin, señor, yo me entiendo.
No se me importa un comino
de que hable la gentecilla,
porque aquí como en Castilla
el pan, pan, y el vino, vino.
Quisiera hacer un regalo
á mi chico. . . . y, ya se ve. . . .
pero, no me escuche usté
con cara de juez de palo.

¡Qué diantre! ruede la bola.
¿con rabiar, se para? no,
pues haga usté lo que yo. . . .

DIEGO. ¿Qué?

MAUR. Me tiendo á la Bartola.

DIEGO. Con grande placer lo haria. . . .
será muy útil, convengo;
pero, amigo, yo no tengo
tan bella filosofia.
No puedo sufrir tranquilo
del mundo los desengaños,
ni mirar que hace tres años
voy mendigando un asilo. . . .

MAUR. Eso no, ¡voto á mi nombre!
no hable usté de mendigar,
que ya es mucho alambricar;
¿no está usté en mi casa, hombre?
Yo en jamás supe el secreto
de sus grandes desventuras. . . .
porque lo que es yo en honduras,
la verdá nunca me meto.
Ustés llegaron aquí,
y que eran me figuré
jente honrá; no me engañé,
y mi casa les abrí.
Corriente; y no le parezca,
ya que en el potro me ha puesto,
que ensarto aquí todo esto
para que usté lo agraezca.
No señor; voy al decir
de que usté, si no me engaño,
dijo que tamien ogaño
mendiga para vivir.
Y ahora sí que reniego
de lo que valgo. . . . ¡pues qué!
¿cuanto hay aquí no es de usté?

pues ¿qué le falta, don Diego?
DIEGO. Nada, Mauricio: no hay cosa
que al mirarme en tal estado,
no me haya usted prodigado
con su mano generosa.
MAUR. ¡Vaya, hombre!
DIEGO. No; es la verdad,
verdad que aquí grabaré,
porque nunca olvidaré
su amable hospitalidad.
Mas, con todo, hay sinsabores
que me tienen aburrido. . . .
desterrado, perseguido,
sin riquezas, sin honores. . . .
MAUR. ¡Voto al chápiro! . . don Diego,
que usté con toda esa cresca
no sabe lo que se pesca. . . .
¡pues! si eso lo viera un ciego.
Tiene usté mas que decir . . .
cuanto tuve se ha deshecho;
pues señor, á lo hecho pecho,
yo valgo mas y á vivir.
A mí se me han muerto ogaño
dos yuntas y cien ovejas:
me han hurtado cuatro rejas,
y la piedra me ha hecho daño.
Luego por cuatro terrones
de tierra de pan llevar
me ha hecho el alcalde aflojar
cinco ú seis contribuciones.
Y aunque fué malo el invierno
y repeor el verano. . .
no importa dinero en mano,
y reclamar al infierno.
Y ¿me he de enrabiar? . . . ¡Yo? ¡quiá!
lo que dice el tio Facundo:

paz, que los bienes del mundo
Dios los quita y Dios los da.

DIEGO. (Famoso predicador.)

MAUR. Por eso nunca me afano....
y estoy, ya ve usté, tan sano,
tan recio y de buen humor.
(*Señalando al armario.*)
Allí tengo... es un decir....
lo que gané buenamente,
y si usté en ello consiente
nos lo poemos repartir.

DIEGO. Pero... ¿qué?...

MAUR. Aspacio, señor:
hoy mismo llega mi chico,
y aunque venga hecho un borrico
al fin viene hecho un dotor.
El muchacho es un borrego;
ha visto á la señorita....
y ello es que se despepita
por su hija de usté, don Diego.

DIEGO. (¡Cielos!)

MAUR. Con que si al rapaz
por yerno lo admite usté,
mi bendicion le daré,
mi hacienda luego, y en paz.

DIEGO. (Pues me gusta la tal boda;
creerá que me hace un favor....)

MAUR. Con que ¿qué ice usté, señor?
¿acomoda ó no acomoda?

DIEGO. Por mi parte.... ya ve usté....
es un enlace muy bello....
Si Clara consiente en ello,
yo tambien consentiré
Mas si su felicidad
tal vez con él no consigue,
no espere vd. que la ostigue....

respeto su voluntad. . . .
MAUR. ¡Hombre. . . . Dios no lo permita!
buenamente es lo que quiero;
¿pero á la fuerza? . . . primero. . . .

ESCENA VI.

DON DIEGO.—MAURICIO.—PETRONILA,—*después* CLARA.

PET Señorita, señorita.
CLARA. ¿Quién me llama?
PET. ¡Así se está?
Vaya, vamos: ¡que es razon! . . .
DIEGO. ¿Dónde?
PET. A esperar á Zenon.
DIEGO. Perdone vd. . . .
PET. ¿Qué?
DIEGO. No va.
PET. Vaya, éjela usté, don Diego.
DIEGO. Tengo que hablarla. . . .
MAUR. Ice bien,
vete, Petra, y yo tamien.
Con que, señor, d'aquí á luego.
PET. Pero si no. . . .
MAUR. No hay mas pero
que órrio d' aquí: cierra el pico
y vete á aguardar al chico,
que yo aquí en casa us espero.
(*Vase Mauricio por la izquierda, Petronila por el fondo.*)

ESCENA VII.

CLARA.—D. DIEGO

DIEGO. (Que sufra yo que un palurdo. . . .
¡reniego de mi destino!)
CLARA. (No me atrevo á alzar los ojos. . . .
no hay duda, ya le habrá dicho. . . .)
DIEGO. Querida, no ignorarás
que para mí es un martirio
verme obligado á vivir
entre rudos campesinos.
CLARA. Señor, lo sé. . . . (¡Dios me valga!)
DIEGO. Será muy bello este sitio
y ofrecerá mil encantos
al que otra cosa no ha visto;
mas, ten presente, hija mia,
que para el pobre proscrito
no hay lugares mas hermosos
que aquellos en que ha nacido.
CLARA. Es verdad. . . . (¡Esto va malo!)
DIEGO. Estos labriegos son sencillos,
tienen sano el corazon,
son francos, muy compasivos. . . .
y es un modelo de todos
nuestro honrado buen Mauricio.
CLARA. (Aun hay esperanza. . . .)
DIEGO. Pero. . . .
CLARA. (¡Ah!)
DIEGO. Sus costumbres, sus dichos,
su grosera educacion,
y la humildad de sus títulos,
se avienen mal con aquellos

que nunca siervos han sido,
y han gozado de la pompa,
del esplendoroso brillo
que siempre ofrece la corte
á los hombres distinguidos.

CLARA. (¡Ay de mí!)

DIEGO. Por eso, Clara,
mirando á lo sucesivo,
y para evitar que un dia
algun villano atrevido,
al mirarnos colocados
donde nuestra suerte quiso,
ose elevarse á la alteza
de tu nombre esclarecido,
he dispuesto de tu mano
en favor de mi sobrino. . . .

CLARA. (¡Cielos!)

DIEGO. El conde del Valle.

CLARA. ¿El conde, señor. . . .

DIEGO. El mismo.
El será mi salvador,
y con su influjo confio
que en breve nos sacará
de la aridez de estos riscos
para otra vez devolvernos
nuestro rango primitivo.
Si tal consigue, hija mia,
no encuentro premio mas digno
que ofrecerle, que una esposa
llena de encantos y hechizos.
El te adora, su pasion
con grande entusiasmo miro,
y por si acaso lo ignoras. . . .
Clara, te doy este aviso.

(*Vase por la derecha.*)

ESCENA VIII.

CLARA.

¿Qué es esto, santos del cielo?
¿es realidad lo que he oido?
ó acaso un sueño tenaz
fatiga mi pobre espíritu?
¡Oh! . . . no, mi desdicha es cierta,
mi corazon lo predijo:
conozco bien de mi padre
el carácter duro, altivo. . . .
mas renunciar para siempre
al leal, puro cariño
del que hoy lleno de esperanzas
vuelve á su suelo nativo. . . .
es mucha crueldad. . . . ¡y en cambio
ser del conde! . . . ¡qué suplicio!

ESCENA IX.

CLARA.—MAURICIO.

MAUR. (Ya está sola. . . . si don Diego
vale un Perú por lo listo;
¡qué pronto arregla las cosas! . . .
pues señor, va bien, magnífico!
Cuando venga mi Zenon
y lo sepa. . . . de cá brinco. . . .)
¿Qué es eso?
CLARA. ¡Ah! . . .
MAUR ¿Está usté llorando?

CLARA. No es nada, señor Mauricio.
MAUR. Vaya, ¿y esos lagrimones
que ruedan por los carrillos?
CLARA. Yo no sé. . . . tal vez será
que el viento. . . .
MAUR. (¡Malo, malísimo! . . .)
Si no corre un pelo de aire.
(¿A que desprecia á mi chico?)
Vamos claros, señorita,
don Diego le habrá á vd. dicho. . . .
CLARA. Sí, señor. . . .
MAUR. Y á lo que veo,
eso le da á usté motivo
para llorar y afligirse! . . .
CLARA. Sí, señor.
MAUR. ¡Voto va crispo!
¿con que usté quiere matar
á mi Zenon por lo visto?
CLARA. ¡Ah! . . . ¡no señor, si no es eso!
MAUR. Pues diga usté entonces. . . .
CLARA. Digo
que soy la mas desdichada
del mundo.
MAUR. ¡Cómo! ¿Salimos
con eso ahora? . . . ¡por vida. . . .
que estoy hecho un basilisco!
¿Quién aquí le da pesares?
quiero saberlo. . . .
CLARA. ¡No!
MAUR. ¡Vivo!
porque si llego á perder,
señorita, los estribos,
he de hacer un escarmiento
que suene en el paraíso.
CLARA. Por Dios, baje vd. la voz;
tal vez mi padre ya ha oido. . . .

MAUR. ¡Toma! ¿y qué? pues si él supiera. . . .
si está en el ajo conmigo;
si por él no hay inconveniente
en que la boda. . . .
(*Latigazos y ruido de un carruaje que se aproxima.*)
CLARA. Ese ruido. . . .
¿es una silla de posta? . . .
MAUR. Qué ha de ser. . . . por este sitio. . . .
(*Se dirige á la puerta del fondo.*)
Pues es verdá; un carricoche
se ha parado en el camino,
y aquí viene el mayoral. . . .

ESCENA X.

CLARA.—MAURICIO.—UN CRIADO,—*después el* CONDE.

MAUR. ¿Qué se ofrece, buen amigo?
CRIADO. ¡Don Diego Fajardo? . . .
MAUR. Aquí.
CRIADO. ¡Señorito, señorito! . . .
esta es la casa.
MAUR. Y se apea
un mancebo de lo lindo. . . .
CLARA. (¿Quién será? . . . mi corazon. . . .
me anuncia. . . .
(*Aparece el conde en el fondo.*)
¡Cielos! . . . mi primo. . . .)
COND. (*Al criado.*) No te alejes de la silla,
que nos vamos ahora mismo.
(*A Mauricio.*)
¡Hola! buen viejo. . . .
MAUR. ¡Hola! mozo.

COND. ¿Adónde están. . . . mas. . . . ¡qué miro!
¡Clara! ¡prima! . . . al fin nos vemos
después de. . . . qué sé yo, un siglo. . . .
¿Cómo estás? dime. . . .

CLARA. Tal cual. . . .
¿y tú?

COND. ¡Yo? . . .

MAUR. (¡Calla! y son primos.)

COND. ¿Cómo he de estar, sino alegre
de ver tu rostro bellísimo
después de ausencia tan larga?
Ya mis votos se han cumplido. . . .

CLARA. Gracias, Ricardo; ya sé
tus costosos sacrificios. . . .

COND. ¡Oh! no hablemos de eso ahora;
cuando el objeto es tan digno,
¿quién podrá permanecer
indiferente, pasivo? . . .
Mas observo que apagado
de tus ojos está el brillo,
y hasta marchitas las rosas
de tu semblante divino.
¿Tú, Clara, tan abatida? . . .

CLARA. No. . . . (¡qué pesadez!)

MAUR. (¡Qué pico!)

COND. ¡Oh! tienes razon, comprendo. . . .
¡cuánto te habrás aburrido!
jóven, hermosa, sensible. . . .
¿á quién no mata el fastidio
de soledad tan monótona? . . .
un dia y otro lo mismo
sin tener con quien hablar,
ni sentir. . . . ¡pueblos malditos!
y luego aquí entre salvajes. . . .

MAUR. (A que le rompo el bautismo.)

COND. Mas todo tiene su fin. . . .

(*Baja la voz.*)
el destierro ha concluido:
muy en breve, Clara bella,
serás de la corte el ídolo,
y yo me envaneceré. . . .

MAUR. (¡Hola! y se hablan al oido. . . .)

COND. (¡Oh! ¡cómo se ruboriza!
es un corazon novicio. . . .)
Pero ¿tú padre no está?

CLARA. Ahí dentro. . . .

COND. Fuera un impío
si las nuevas retardara
que en posta aquí me han traido.
¡Oh! . . . ¡cuál va á ser su sorpresa! . . .
voy á verlo. . . . ¡Tio, tio! . . .

ESCENA XI.

CLARA.—MAURICIO.

MAUR. Vaya si el nene alborota.

CLARA. (No hay que espesar. . . lo estoy viendo. . . .)

MAUR. Señorita. . . . yo no entiendo
de esta jerga ni una jota.
Ha un rato que la dejé
con su señor padre hablando:
vuelvo, y la encuentro llorando
y no me dice el por qué.
El antes me dijo á mí
que era un enlace muy bello;
usté conviene con ello,
y llora. . . . pues ¿qué hay aquí?
A poco viene ese guapo;
con usté pega la hebra,
y la abraza, y la requiebra. . . .

y nos pone como un trapo. . . .
Es verdá que si no fuera
porque oí que era su primo. . . .
del trancazo que le arrimo
le ablando la calavera.
Pero, en fin, usté le oyó
con disgusto, con mal gesto,
y á mí me basta con esto. . . .
por lo que hace al llanto, no.
Yo tengo acá mi interés. . . .
y quiero que sin reparo,
señorita, hable usté claro
sin aguardar á después.

CLARA. No puedo. . . . debo callar. . . .
y sabrá hacerlo mi boca,
que. . . . no es á mí á quien le toca
en esta ocasion hablar.
¡Ah! . . . no, primero morir:
lleve el aire mi deseo,
que ya desde aquí preveo
cuál va á ser mi porvenir.
Y no juzgue usted, Mauricio,
que podré nunca olvidar. . . .
¡Oh! . . . mucho me va á costar
tan inmenso sacrificio.
Que en estos sitios amenos,
por esta paz y alegría. . . .
todo un reino trocaria.

MAUR. Pues ahora lo entiendo menos.

VOCES A LO LEJOS. ¡Viva!

CLARA. ¿Oye usted?

MAUR. Oigo, sí,
es mi Zenon que entra ya. . . .
y los mozos. . . . ¡Voto va!
(*Voces mas cerca.*) ¡Viva Zenon!

CLARA. ¡Ay de mí!

Maur. (*Dirigiéndose á la puerta del fondo.*)
Pues; ahora yo quisiera
decirle. . . . ya tiés mujer;
pero esto de no saber
si quedamos dentro ú fuera. . . .

ESCENA XII.

Clara.—Mauricio.—Petronila, *que entra precipitadamente.*

Pet. ¡Ea! . . . señor, ya está aquí:
ahora acaba de entrar. . . .
¡qué calor! en el lugar.—
Maur. ¿Con que ya lo has visto?
Pet. Sí;
y viene como se fué,
tan guapo, ¡tan. . . . qué sé yo!
¡qué mozo! (*A Clara.*) Apenas me vió
me preguntó por usté.
(*Rumor confuso de voces. Mauricio con los brazos tendidos se va por la puerta del fondo.*)
Maur. ¡Chiquio, chiquio ven acá! . . .
Clara. (¿Y qué haré yo en tal estado? . . .
parece que me han clavado
en este sitio. . . .)
Pet. ¡Aquí está!
(*Aparecen en el fondo Mauricio y Zenon enlazados los brazos y rodeados de gente del pueblo.*)

—

ESCENA XIII.

CLARA.—ZENON.—MAURICIO.—PETRONILA.—PUEBLO.

ZEN. Gracias, amigos. . . ,

Varios del pueblo. (*Estrechándole la mano.*) ¡Zenon!

ZEN. Nuestra amistad primitiva
conservaré mientras viva
grabada en el corazon.

(*Al reparar en Clara se desprende de los brazos de Mauricio, y este queda á la puerta con Petronila recibiendo las enhorabuenas de los lugareños.*)

Mas ¡cielos! ¿cómo no ví,
siendo de mi norte estrella,
que esa luz tan pura y bella
estaba alumbrando aqaí?
Siempre juntos ¿no es verdad?

CLARA. Pluguiese á Dios. . . .

ZEN. Clara mia. . . .
dudando estoy todavía
de tanta felicidad.

CLARA. ¡Oh! que hoy tal vez con los dos
será la fortuna avara. . . .

ZEN. ¡Cómo! ¿por qué?

DIEGO. (*Dentro.*) ¡Clara! . . . ¡Clara! . . .

CLARA. ¿Oyes?

ZEN. Sí; mas. . . .

CLARA. ¡Calla! Adios!—

ESCENA XIV.

ZENON.—MAURICIO.—PETRONILA.—PUEBLO.

ZEN. Se va. . . . y al llanto se entrega. . . .
¿qué es lo que debo temer? . . .
MAUR. Petra, dales de beber
del mejor de la bodega.
¿lo harás bien?
PET. ¡Vaya si haré!
MAUR. Pues, alelulla, á bailar,
y no dejeis de trincar
mientras us tengais en pié.
Adios, Roque, Blas, Rodrigo. . . .
idos con la Madalena. . . .
VARIOS. Con Dios que sea en horagüena. . . .
PET. Muchachos, venius comigo.—

ESCENA XV.

MAURICIO.—ZENON.

ZEN. Padre, ¿qué es lo que ha pasado?
Clara está triste. . . .
MAUR. ¿Sí?
ZEN. Sí;
¿por qué se aleja de mí
en llanto el rostro bañado?
Yo que este dia esperé
como el mejor de mi vida. . . .
la encuentro tan afligida. . . .
sepamos. . . .
MAUR. Si yo no sé.—
ZEN. Pero ¿es posible. . . .

MAUR. (Callemos
harta saberlo de fijo.)
Hombre, yo nada colijo. . . .
déjalo, que ya sabremos. . . .
ZEN. Y ¿cuándo lo he de saber? . . .
¡Oh! . . . algun misterio hay aquí
que. . . . ¿es cierto, padre? sí, sí. . . .
MAUR. Dale, dale, ¡qué moler!
No te rompas la cabeza;
¿quién sabe lo que será?
¿no tienen ellos allá
sus motivos de tristeza?
¡Vaya! al instante malicias. . . .
Ese jóven que ha venido,
tal vez les habrá traido
algunas malas noticias.
ZEN. ¡Quién!
MAUR. Un primo, un señoron. . . .
ahí dentro juntos están. . . .
¡pues! si á los diablos se dan,
¿qué le hemos de hacer, Zenon?
ZEN. No sé qué presentimiento. . . .
MAUR. Vaya, que no hay quien te aguante. . . .
CLARA. } (*Dentro.*) { Pero ¿marchar al instante?
COND. } { ¡Oh! sí. . . .
DIEGO. } { Al momento, al momento.
MAUR. Ya salen. . . .

ESCENA XVI.

CLARA.—D. DIEGO.—ZENON.—EL CONDE.—
MAURICIO.

COND. La brevedad
conviene. En mi silla.

DIEGO. Pues.
COND. Bien podemos ir los tres
con toda comodidad.
DIEGO. Mauricio, venga un abrazo.
MAUR. Vaya, pues. . . . (si era sabido.)
¿Con que ya. . . .
DIEGO. Al fin se ha cumplido
de mis desdichas el plazo.
El rey me vuelve su gracia
y mis títulos tambien.
MAUR. ¡Aaa! . . . pues que sea para bien
sin que otra nueva desgracia. . . .
DIEGO. ¡Oh! ya no temo ninguna;
he conseguido triunfar. . . .
y yo haré en Madrid clavar
la rueda de la fortuna.
Ofrezco á usted desde aquí
cuanto tengo y cuanto valgo. . . .
y si allá servimos de algo. . . .
MAUR. ¡Pues qué! ¿se van ustés?
DIEGO. Sí.
ZEN. (¡Qué escucho!)
DIEGO. Preciso es:
Hoy á la corte me llaman
y mi presencia reclaman
asuntos de alto interés.
Ya la posta nos espera.
MAUR. Pero, señor. . . . ¿y de aquello. . . .
DIEGO. (*Tomando la mano de Clara y disponiéndose á marchar.*) Soy el conde de Santello.
y esta mi única heredera.
MAUR. ¡Hola! . . .
ZEN. (*A Clara bajo.*) ¿Y qué haremos los dos?
CLARA. Vé á Madrid.
ZEN. Mas. . . .
DIEGO. (*Alejándose con Clara y el conde.*)

Adios.—

ZEN. (*Recibiendo el pañuelo de Clara que besa y oculta entre las manos.*)

¡Ah!

COND. (*A Diego.*) Lo de la boda ¿eh? ja. . . . ja. . .

ESCENA XVII.

ZENON.—MAURICIO.

MAUR. ¡Qué señores! ¡voto á brios!
se largan. . . . pues ya se ve;
si un marqués es mucho cuento;
y un palurdo es un jumento.
Que. . . . (*Oyese partir un carruaje.*)
ZEN. Pronto te seguiré.
MAUR. ¡Buen viaje! Zenon, ¿qué dices?
Así se paga el favor. . . .
nos ha dejado el señor
con un palmo de narices.
Pues hace poco, decia
el tal marqués de Santello
que era un enlace muy bello. . . .
ZEN. ¡Pues qué! ¿D. Diego sabia. . . .
MAUR. Como dos y una son tres.
¡Toma! esta mañana, aquí,
se la pedí para tí. . . .
ZEN. ¿Con que nos desprecia? . . .
MAUR. Eso es.
ZEN. ¿No somos bastante buenos
para aspirar á la alteza
de su exquisita nobleza? . . .
MAUR. Zenon, nos tienen en menos.
ZEN. Toda mi sangre daria
por humillar una vez,

el orgullo, la altivez
de su pomposa hidalguía.

MAUR. ¡Bien! . . . eso. . . . chico, así, así. . . .
mucho me gusta ese fuego. . . .
¡qué diablo! tú no eres lego
(*Señalando la frente.*)
y tienes mucho de aquí.
Hombre eres, no te esazones;
tienes amor y ambicion. . . .
y tú no debes, Zenon,
de vivir entre terrones;
con que lárgate á Madrid
y á ver si conquistas gloria. . . .
(*Saca del armario un rollo de pergamino.*)

ZEN. ¡Padre!

MAUR. Esta es tu ejecutoria,
tan buena cual la del Cid.

ZEN. ¡Ah! . . .

MAUR. En lo que vale repara;
y si algun alma de roble
te dice que no eres noble. . . .
arrojásela á la cara.
Y gasta en llegando allí
coche, caballos y galas. . . .
tiende sin miedo las alas,
que tu padre queda aquí.

ZEN. Pero ¿ahora ha de volver
á separarnos un sueño?

MAUR. Te han dicho que eres pequeño
y grande te quiero ver.
Aquí no haces falta alguna,
y. . . . anda que tal puede dar,
que logres tambien clavar
la rueda de la fortuna.
Clara suspira por tí;
de su gente has visto el porte,

con que hazles ver en la corte
lo que no vieron aquí.

ZEN. ¡Ah! ¡padre del corazon!
en Dios y en usted confio.
(*Abrazados hasta al fin del acto.*)

MAUR. Vete con él, hijo mio,
llévate mi bendicion,
que no nos vuelvan jamás
á hacer doblar la cerviz. . . .
(*Aparte y volviendo el rostro para ocultar su emocion.*)
Si logro verlo feliz
no me importa lo demás.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

. . . . : así que, las re-
aciones entre España y Francia se hicieron se-
eras, hasta que el monarca francés, conociendo que
lebia captarse la benevolencia de su aliado, mudó
l embajador que tenia en Madrid; pero á pesar de
sto no adelantó nada. Por otra parte, la Ingla-
erra deseaba al mismo tiempo tener de su parte al
abinete español, y de esta suerte se movia una es-
ecie de lucha diplomática entre los agentes fran-
eses é ingleses para ver cuál de las dos naciones
onseguiria preponderancia en Madrid. Por en-
onces subió tambien al ministerio el marqués de la
Ensenada. . . . .

(Historia general de España.)

ACTO SEGUNDO.

PERSONAJES.

LA MARQUESA DE T. . . *camarera mayor.*—CLARA. —D. ZENON DE SOMODEVILLA.—EL CONDE DEL VALLE.—D. DIEGO FAJARDO.—EL DUQUE. . . . . *embajador de Francia.*—MISTER KEEN, *embajador de Inglaterra.*—*Un portero de estrados.*

Salon en casa de la marquesa, suntuosamente alhajado. En el fondo dos puertas, de las cuales una está cerrada; á la izquierda una mampara que da entrada al camarin de la marquesa.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE.—EL PORTERO.

PORT. (*Entreabriendo la mampara.*)
Su excelencia os ruega, que
la espereis solo un momento,
y os digneis tomar asiento.

DUQ. Con grande placer lo haré.
Suplicadle en nombre mio
que no es bien que se moleste,
aunque el disgusto me cueste
de no verla. . . .
PORT. Bien. (*Vase, cerrando la mampara.*)

ESCENA II.

EL DUQUE.

Confio
en ella á fe de francés,
si consigo mi intento,
ya no temo al parlamento
ni al embajador inglés.
El astuto mister Kin (1)
con el ministro hace liga,
y allá á su manera intriga. . . .
mas ¿qué ha de alcanzar al fin?
todo se va en pareceres,
y en notas, y en informar. . . .
¡qué diablos! para intrigar
son mejores las mujeres.
Esta tiene buen humor,
es vivaracha, traviesa. . . .
y sobre todo, es marquesa
y camarera mayor,
y de encumbrado abolengo,
muy querida de los reyes,
y son sus caprichos leyes. . . .
pues señor, á ella me atengo.
Con tacto fino y constancia,

(1) Se escribe como debe pronunciarse.

lisonjas. . . . lograré, sí;
que las mujeres aquí
serán lo mismo que en Francia.
¡Oh! . . . mi astucia vencerá
la habilidad del inglés. . . .
y ya veremos después. . . .
pero al asalto, aquí está.

(*Abre el portero la mampara, y al pasar por delante la marquesa, le hace una reverencia y se retira por la puerta del fondo.*)

ESCENA III.

LA MARQUESA.—EL DUQUE.

MARQ. ¡Ah, señor embajador!
mi tardanza perdonad,
pues no esperaba en verdad
visita de tanto honor.

DUQ. Señora marquesa, á fe
que el que á esta casa ha venido
para ser favorecido,
soy yo.

MARQ. No alcanzo el por qué;
mas vos sois con demasía
modesto á par que brillante,
y como francés galante.

DUQ. ¿Quién con vos no lo seria?

MARQ. ¿Cómo os va, no me decís,
en nuestra España?

DUQ. Señora,
la España es encantadora;
un delicioso país.
¿Cómo he de estar sino bien
donde alterna la cultura

con la gracia, la hermosura,
y con el valor tambien?
Estando en Londres oí
mil veces en cada dia,
que aquí nada mas habia
que hordas de árabes. . . .
MARQ. ¿Sí?
DUQ. Sí.
Ya veis, ya veis los ingleses;
los hijos de la Bretaña
cómo tratan á la España.
MARQ. (Lo mismo que los franceses.)
DUQ. Mas llegué y me convencí
de que solo la malicia
puede con tanta injusticia
hablar de la España así.
MARQ. Elogio. . . . poco sincero,
pero, duque, á no dudarlo,
me place mucho escucharlo
de boca de un extranjero.
Porque tan avaros son
de elogios y buenos modos,
que hay que aprovecharlos todos
en esta pobre nacion.
DUQ. La Francia, señora mia,
aunque antes rencillas hubo,
con España siempre tuvo
extremada simpatía.
Os lo juro por quien soy;
la respeta como á igual,
y su cariño ya es tal
que cuando en mi corte estoy
de la vuestra hablar escucho
con esa noble jactancia. . . .
MARQ. ¡Ah! . . . sí, ya sé que á la Francia
la España interesa mucho.—

Duq. Son de familia intereses
que nos conviene ligar,
pues lo quieren estorbar
esos piratas ingleses.
La alianza nos disputa
Mister Kin, activo, osado,
y ya todo lo ha minado
con su política astuta.

Marq. Vaya que odiais por demás,
duque, á la nacion inglesa.

Duq. No me deis nada, marquesa,
con mercaderes jamás.

Marq. Ved que son muy poderosos.

Duq. Aun es mayor su arrogancia:
después de España ó de Francia
son los primeros colosos.
Mas si se les deja obrar,
ya vereis á los isleños,
poco á poco hacerse dueños
absolutos de la mar.
En corso sus galeones
armados, expresan, huyen. . . .
y lentamente destruyen
la escuadra de los Borbones:
Surjen como el pensamiento
sus maquiavélicas artes,
y ejercen por todas partes
un comercio fraudulento.
No cumplen pactos jamás,
y reclaman por do quiera
privilegios de bandera
sobre todas las demás.
Volved, si os place, la vista,
marquesa, á climas lejanos,
y allí los vereis ufanos
gozando de su conquista.

Los dejamos, claro está:
¿qué extraño es que nos superen
y que arrebaten si quieren
la India y el Canadá?

Marq. Son arriesgadas empresas
y ¿lograrán.... eh?...

Duq. ¡Seguro!

Marq. Pues están en grande apuro
las posesiones francesas.

Duq. Tambien las de España.

Marq. ¡Va!

Duq. ¡Oh!... no lo dudeis, sí, sí.

Marq. Nada tiene España allí.

Duq. Pero tiene mas acá.
Y reparad que al presente
anhela la gran Bretaña
las posesiones de España
en el nuevo continente.
Por de pronto destruirá
su comercio en cuanto cabe,
y después, después.... ¿quién sabe
si á conquistarlas irá?

Marq. Ese riesgo no lo alcanza
mi entendimiento; ¡gran Dios!
si ellos lo mismo que vos
reclaman nuestra alianza.

Duq. Pues justamente eso es,
nos tratan de desunir
para triunfar y lucir
sin obstáculo después.
Mas si la Francia y España
se unieran, por vida mia,
que mas despacio se iria
entonces la Gran Bretaña.
Cruzadas nuestras banderas,
al ver nuestro pabellon

la nebulosa Albion
temblaria en sus riberas.
Y nuestra marina y tropa
terror al mundo darian,
y gran peso añadirian
en la balanza de Europa.
No sé cómo, á la verdad,
vuestro profundo monarca
que tanto á la vez abarca,
no admite nuestra amistad.
Marquesa, si como el sol
está claro. . . .

MARQ. ¡Oh! . . . por supuesto;
pero el rey Fernando él sexto,
amigo, es muy español.

DUQ. Si alguna bella española
su real ánimo inclinara. . . .
tal vez con esto bastara. . . .

MARQ. Y ¿quién sospechais. . . .

DUQ. Vos sola.

MARQ. ¡Yo tan supremos poderes!
Duque, estais equivocado:
si en el consejo de Estado
no admiten á las mujeres.
Es cierto que me oye el rey
con extremada bondad;
mas, con él, mi voluntad
no tiene fuerza de ley. . . .
Mi buen humor le entretiene
y hasta consultar le place
mi opinion, y. . . . siempre hace. . . .
lo que mas cuenta le tiene.

DUQ. No obstante, vuestra valía. . . .
(*El portero anuncia desde la puerta á*)
Mister Kin.

DUQ. ¿Visita. . .

MARQ. ¡Oh!—Sí;
suele venir por aquí
á comer tal ó cual dia.
DUQ. Desconfiad, sed severa
con él. . . .
MARQ. ¿Y con qué pretexto?
DUQ. (Maldito inglés! . . . hasta en esto
me gana la delantera.)
MARQ. ¿Severa? ¡líbreme Dios!
en mí fuera cosa extraña. . . .
pues si ama á la pobre España
con tanto afan como vos.
DUQ. Sí; para hacernos la guerra. . . .
(*Al presentarse* Keen, *se separa el duque de la marquesa, y aquel dice desde la puerta.*)

ESCENA IV.

MARQUESA.—KEEN.—DUQUE.

KEEN. Me vuelvo. . . . si es de importancia.
MARQ. ¡No! . . .
KEEN. Dios proteja á la Francia.
DUQ. Que Dios salve á la Inglaterra.
KEEN. Dudé de hallaros acá,
mas de ello me convencí
cuando vuestro coche ví
á la puerta. . . .
DUQ. Claro está.
Y alguno ahora cual vos
al ver el vuestro y el mio,
decir podrá á su albedrío
que estamos aquí los dós.
MARQ. Cierto; mas, por de contado,
dirá la gente que pasa
al verlos, que en esta casa
vive el ministro de Estado.

KEEN Y DUQ. ¡Ja! . . . ¡ja! . . . ¡ja! . . .
MARQ. ¿Pues no? . . . señores,
¿qué otra posada, decid,
se ha visto honrada en Madrid
con tantos embajadores?
Si la Europa en este dia
aquí nos viera reunidos
y á la vez tan divertidos
¿qué os parece que diria?
KEEN. No hay que dudar. . . .
MARQ. Sin tardanza
se armarian los Estados,
temiendo los resultados
de nuestra triple alianza.
KEEN. Aun cuando fuera de dos,
le dariamos qué hacer.
MARQ. De ese mismo parecer
es el duque. . . .
DUQ. Sí, por Dios.
KEEN. ¡Hola! . . . duque, ¿tambien esa?
DUQ. (Pierdo el tiempo, ya lo veo.)
Lo dije porque lo creo. . . .
y... (*Saludando.*) Tengo el honor, marquesa...
MARQ. ¿Os vais?
DUQ. Sí.
MARQ. ¿Tan de improviso?
¿y vais á dejar á España
á solas con la Bretaña?
DUQ. (Aprovecharé el aviso.)
¿No os molesto. . . .
MARQ. ¡De qué modo
os pudísteis figurar. . . .
DUQ. Kin tal vez os irá á hablar. . . .
KEEN. Ya lo tengo dicho todo.
DUQ. De esa manera prometo. . . .
KEEN. Acepto vuestra promesa,

porque hablo con la marquesa
pocas veces en secreto.

DUQ. Pues yo siempre con testigos. . . .

KEEN. Yo tambien, es singular. . . .

MARQ. (¡Oh! si pudiera enzarzar
á nuestros caros amigos! . . .)
Con que concluyó la guerra,
nuestra sangrienta demanda
allá en Italia y Holanda. . . .

DUQ. A pesar de la Inglaterra. . . .

KEEN. ¡Cómo! . . . duque, ¿tal maldad
en nosotros supondreis?

DUQ. Y vos, Kin, ¿me negareis
que lo dicho es la verdad?

MARQ. (Presumo que he conseguido. . . .)

DUQ. ¿Quién sino vuestra nacion
en la comun disension
ha sacado mas partido?
Apresamientos navales,
venta de armas y pertrechos. . . .
Mister Kin, estos son hechos
efectivos y reales.

KEEN. Pero eso no es alargar
de modo alguno la guerra;
el comercio de Inglaterra
es libre por tierra y mar.

DUQ. Sí, sí; mas la Gran Bretaña
cuando Aquisgran acudió,
por cierto no se mostró
muy galante con la España.

KEEN. No estuve en la conferencia. . . .

DUQ. Se pedia en los tratados
ceder entre otros ducados
los de Parma y de Plasencia,
para el infante de España
don Felipe de Borbon.

KEEN. Bien: y ¿esa negociacion
acaso, duque, os extraña?
Francia obró con mas cautela,
mas su intencion dejó ver. . . .
DUQ. ¿Y cuál?
KEEN. ¿Cuál? la de ejercer
de esta nacion la tutela.
MARQ. ¡Ja! . . . ¡ja! . . .
DUQ. Aspira á su amistad. . . .
KEEN. Y á su ejército y armada.
DUQ. ¡Kin!
KEEN. ¡Duque!
MARQ. ¡Señores!
DUQ. Nada. . . .
KEEN. Teneis razon, es la verdad. . . .
¿Lo veis? sin pensar en ello,
los dos ya. . . . ¡cuánto me pesa!
Y bien, mañana, marquesa,
¿vais al baile de Santello?
MARQ. Nada hasta ahora me han dicho. . . .
supongo que ireis los dos. . . .
KEEN. ¡No faltaré! . . .
DUQ. Si vais vos. . . .
MARQ. Gracias. . . . ¡ja! . . . ¡ja! . . . ¡qué capricho!
KEEN. Pero aquí, señoria mia,
nos estamos muy despacio
y vos ireis á palacio. . . .
MARQ. Es temprano todavía.
KEEN. No obstante. . . . duque, ¿os venís?
DUQ. Sí, mister Kin, no temais. . . .
KEEN. ¡Yo! . . .
MARQ. Iguales los dos quedais
si juntos los dos salís. . . .

(*Saludan. El duque llega antes á la puerta que Mr.* Keen, *y este al ver que va á salir le detiene por el brazo.*)

KEEN. Tened, que es mucha arrogancia
delante de mí pasar.

DUQ. Este, Kin, es el lugar
que ocupa siempre la Francia.

KEEN. ¡Por San Jorge! . . .

MARQ. (*Dirigiéndose á la otra puerta del fondo que abre de par en par.*) Bien, ¿la guerra
vais á romper desde ahí?
Vaya Francia por allí,
y por aquí la Inglaterra.
Y adviertan bien por su vida
la Francia y la Gran Bretaña,
que en esta tierra de España
hay para todo salida.

(*Vanse los dos cada uno por distinta puerta.*)

ESCENA IV.

LA MARQUESA.

La broma ha sido completa;
gracias que pude sufrir. . . .
pero. . . . ¡á quién no hará reir
su ridícula etiqueta?
Los dos esconden fatales
proyectos, y disimulan,
y me obsequian y me adulan
y. . . . ¡dejo á los dos iguales!
¡Qué! capaz me juzgais. . . . ¿Hola?
de abusar de mi influencia
para hollar la independencia
de la nacion española?
Habreis dicho, sin dudar,
adulemos su poder,
porque ella al cabo es mujer
y fácil de alucinar. . . .
La errásteis, pobres rivales,

si me juzgásteis así;
que son las hembras aquí
antes que todo. . . . leales.
(*El portero anuncia á*)
El conde del Valle.

MARQ. ¡Va! . . .
me alegro de su llegada,
que estoy por cierto cansada
de la política ya. . . .

ESCENA VI.

LA MARQUESA.—EL CONDE.

COND. ¡Oh! . . . reina de mi albedrío.

MARQ. Adios, conde: ¿qué decís?
¿á convidarme venís
á nombre de vuestro tio?

COND. No, marquesa. . . .

MARQ. Bien está. . . .

COND. Para que le honreis, después
mi tio el noble marqués
personalmente vendrá.
Yo, señora, solo á veros
antes que nadie he venido. . . .

MARQ. Pues hoy os habeis dormido;
no sereis de los primeros.

COND. Teneis razon, al entrar
he visto salir á Kin. . . .
Y bien, marquesa, por fin
os dignareis cooperar. . . .

MARQ. No hableis de eso, os lo suplico:
en conspirar habeis dado. . . .
y en ir estais empeñado
á Ceuta ó á Puerto-Rico.

COND. ¡Cómo! . . . señora, ¿es posible
que tal consintiérais vos?
MARQ. Sí, Ricardo; sí, por Dios,
porque sois incorregible.
Y estoy empeñada en ello
ya que me hicísteis errar
cuando logré levantar
el destierro de Santello.
COND. ¿Y os pesa?
MARQ. Sí.
COND. ¡Teneis queja? . . .
MARQ. Tambien; pues, por lo que veo
obrais segun su deseo
y á su capricho os maneja.
Y mirad que están fundadas
las dudas que he concebido. . . .
COND. No. . . .
MARQ. Sí, desde que ha venido
habeis vuelto á las andadas.
¿Pensais que á mí se me oculta
lo que Santello pretende?
Nada de eso: ya se entiende
que solo su bien consulta.
Anhela por horas ver
de Inglaterra aquí la huella,
y con el apoyo de ella
subir después al poder.
COND. Marquesa, ¿cómo, ó por dónde
os pudísteis figurar. . . .
MARQ. Sospecho. . . .
COND. No; es delirar. . . .
MARQ. Dejémoslo al tiempo, conde.
Pero si llego, por Dios,
su oculto objeto á entrever,
al destierro ha de volver . . .
acompañado de vos.

Cond. Estais hoy como jamás. . . .
Marquesa, será preciso. . . .
Marq. Esto, conde, es un aviso. . . .
Cond. ¡Va! . . .
Marq. No hablemos de ello mas.
Cond. (¡Qué peregrino sermon!
Está enojada. . . . y ¿por qué?)
Marq. ¿Con que os casais?
Cond. (¡Ah! Ya sé. . . :
está visto, zelos son.)
Mi tio quiere en herencia
legarme á Clara y sus títulos. . . .
mas si firmo los capítulos. . . .
será con vuestra licencia.
Marq. ¡Mi licencia! Id yfirmad. . . .
ya la teneis, ¿yo negarla?
Cond. No quisiera yo alcanzarla
con tanta facilidad.
Marq. Y ¿por qué? ¿Vaisme á exigir
que de otro modo me porte?
¿No veis que entonce en la corte
dariamos que decir?
Cond. ¡Ah! sí, sí; teneis razon:
Marquesa, á todo me allano;
será de Clara mi mano
y vuestro mi corazon.
Marq. Amigo, oferta tan bella
bien la quisiera aceptar;
pero. . . . podeis conservar
una y otro para ella.
Cond. ¿Qué es esto? ¿Quereis romper
por todo? No os ofendí. . . .
Marq. Es que satisfago así
mi vanidad de mujer.
Cond. No es eso; quien tal responde
lleva su plan embozado. . . .

decid que os habeis cansado
de los obsequios del conde.
Que otro mas feliz doncel
cautiva ese corazon,
y os valeis de esta ocasion
para deshaceros de él.

MARQ. ¿Todo eso pensais de mí?

COND. Nada ignoro, no os asombre,
sé que dais entrada á un hombre
con grande misterio, aquí.

MARQ. ¿Misterio?

COND. Ved si me quejo. . . .

MARQ. Con él no ha entrado jamás;
es un jóven nada mas
á quien estimo y protejo.
Y ¿os da zelos? ¡Bien por Dios!
y. . . . ahora me haceis caer
en que puede sostener
la comparacion con vos.
Y con ventaja, ardimiento
y nobleza, y gallardía. . . .
todo esto tiene, á fe mia,
y sobre todo. . . . talento.

COND. Es decir que yo. . . .

MARQ. No tal,
solo esto es haceros ver
que acaso podeis tener
un formidable rival.

COND. Si ya estais tan preocupada
y en su favor prevenida. . . .
facil será mi caida. . . .
¿Qué decís?

MARQ. No digo nada.

COND. ¿Nada, marquesa?

MARQ. Así es.

COND. ¿Con que. . . . talento? . . .

MARQ. Cabal.
COND. ¿Y de fortuna?
MARQ. Tal cual.
COND. ¿Cuándo he de verlo?
MARQ. Después.
COND. ¿Vendrá pronto?
MARQ. ¡Qué sé yo!
COND. ¿A dónde concurre?
MARQ. Aquí.
COND. Y ¿yo le conozco?
MARQ. ¡Oh! sí.
COND. Decidme su nombre. . . .
MARQ. ¡Oh! no.
COND. ¿Por qué le ocultais?
MARQ. ¿Por qué?
COND. ¿Temeis que yo. . . .
MARQ. Nada temo.
COND. ¿El os ama?
MARQ. Y con extremo.
COND. ¿Y tambien vos. . . .
MARQ. Yo no sé.
COND. Que no lo sabeis! . . .
MARQ. Aun no.
COND. Pues no lo entiendo.
MARQ. Yo sí.
COND. Pero ¿en quién consiste?
MARQ. En mí.
COND. Pero ¿quién me explica. . . .
MARQ. Yo.
COND. ¿Enojada estais?
MARQ. ¡Ja! ¡ja!
COND. ¿Conmigo tal vez?
MARQ. Un poco. . . .
COND. ¿Serán zelos?
MARQ. ¿Estais loco?
COND. ¿Pues qué es ello?

ARQ. Ello dirá.

OND. Me aturdís; me enloqueceis. . . .
no teneis ¡viven los cielos!
ni á él amor, ni de mí zelos. . . .
Pues entonces ¿qué teneis?
Explicádmelo, por Dios,
cumpliendo vuestra promesa. . . .
pero entretanto, marquesa,
firmemos la paz los dos.
Que es muy triste, á la verdad,
mirar un rostro tan bello
así. . . .
(*El portero anuncia á*)
El marqués de Santello.

ND. ¡Mi tio! Disimulad. . . .
porque no nos tiene cuenta
que el marqués llegue á saber. . . .
cuando esto nunca ha de ser
mas que una breve tormenta.

RQ. Descuidad, que no sabrá. . . .
¿Con quién viene? Oigo murmullo. . . .

ID. (Está picado su orgullo. . . .
pero ella se amansará.)

ESCENA VII.

MARQUESA.—CLARA.—D. DIEGO.—EL CONDE.

ꞁQ. ¡Santello! . . . ¿Clara tambien?

ꞁO. Con instancia me ha pedido
veros, y la he complacido.

.Q. ¡Oh! . . . y habeis hecho muy bien.
Venid, sentaos á mi lado. . . .
(*Se sientan juntas.*)

ꞁO Viene á daros, segun creo.

gracias por el alto empleo
que en palacio le habeis dado.

MARQ. ¡Por tan poco? no, jamás;
me importa vuestra ventura:
por nobleza y hermosura
vos, Clara, mereceis mas.

(*D. Diego se reune con el conde, que estará á ciert[a] dictancia de las señoras.*)

CLARA Pero es de aprecio tal muestra,
que guardaré siempre aquí;
no por lo que ello es en sí,
sino porque es cosa vuestra.
(*Siguen aparte.*)

DIEGO. ¿Has visto á Kin? (*Bajo al conde.*)

COND. A la entrada.

DIEGO. Y ¿qué tal?

COND. Hasta ahora, bien.

DIEGO. ¿Habló con ella?

COND. Tambien.

DIEGO. Y ¿qué ha conseguido?

COND. Nada.

DIEGO. Al toque de la oracion. . . .
(*Continúan hablando aparte.*)

MARQ. A la reina he complacido,
pues me ha dicho que he tenido
con vos muy buena eleccion.
Ya sois camarista, Clara;
por amiga me teneis;
y á mucho aspirar debeis
si no es nuestra suerte avara.
Entre tanto, pues ya es moda,
ese empleo, bueno ó malo,
aceptad como regalo
de vuestra próxima boda.

CLARA. ¡Ah! . . .

MARQ. ¿Suspirais?

ARA. Sí, marquesa. . . .
¿para qué os lo he de negar?
RQ. ¿Por qué? . . . me haceis sospechar..
hablad, porque me interesa
vuestra fortuna. . . .
ARA ¡Por Dios!
si nos oyen desde allí. . . .
RQ. Están distraidos, sí,
y á gran distancia los dos.
Nada temais. . . .
ARA. ¡Ah, señora!
vos que todo lo podeis
y tanto me protegeis. . . .
¡salvadme, por Dios, ahora!
RQ. ¿De qué riesgo estais cercada?
Tened confianza en mí. . . .
¿tal vez ese enlace. . . .
ARA. Sí,
va á hacerme muy desgraciada.
RQ. Calmad vuestra agitacion. . . .
¿acaso algun otro empeño. . . .
ARA. Lo acertásteis.
RQ. ¿Otro dueño
tiene vuestro corazon?
ARA. Tres años ha. . . .
RQ. ¿Y por fortuna
es digno de vos?
ARA. Señora,
yo solo sé que me adora. . . .
RQ. Pero ¿es humilde su cuna?
ARA. Mi padre es de esa opinion;
mas no es tanta su bajeza;
pues si no heredó nobleza. . . .
la tiene en el corazon.
GO. (*Bajo al conde.*) El ministro á no dudar
firmará el proyecto mio,

y entonces. . . .

COND. Silencio, tio;
no demos que sospechar. . . .

MARQ. Descuidad.

CLARA. ¡Ah!

MARQ. Que no suene. . . .
¿Entendeis?

CLARA. Contad con ello. . . .

MARQ. Aquí se acerca Santello. . . .
el disimulo conviene.
Marqués, sois poco galante.

DIEGO. ¿Y por qué?

MARQ. Porque parece
que solo el conde merece
vuestra atencion. . . . adelante.

DIEGO. ¡Oh! no, porque justa fuera
entonce esa observacion. . . .
Para llevar mi atencion
sereis siempre la primera.
Mas cuando juntas se ven
dos jóvenes de una edad,
aprecian la libertad. . . .
y por eso. . . .

MARQ. Bien, muy bien
sabeis desfacer entuertos.
¡Ah marqués! como ninguno
teneis el don oportuno
de enmendar los desaciertos.

DIEGO. Antes que, juzgando así
por desacierto lo deis. . . .
os suplico que me honreis
mañana. . . .

MARQ. ¡Mañana!

DIEGO. ¡Sí!
A mi hija Clara, señora,
festejar tengo pensado.

y verla quisiera al lado
de su ilustre protectora.

Marq. Don Diego, no faltaré:
ya que es Clara, y con razon,
la reina de la funcion,
á honrarme con ella iré.

Diego. Tal favor. . . .

Marq. Tambien á allí,
pues que no os lo he presentado,
me acompañará mi ahijado. . . .

Diego. ¿Ahijado? . . .

Cond. Y ¿quién? . . .

Zenon aparece en una de las puertas del fondo.)

Marq. Helo aquí.

ESCENA VIII.

La Marquesa.—Clara.—Zenon.—D Diego.—
Conde.

Clara. (¡Cielos!)

Diego. (¿Será esto verdad?)

Cond. (Y sin anunciarse entró. . . .)

Marq. Nombrándoos estaba yo. . . .
llegad, amigo, llegad.
Permitidme que os presente
á Zenon Somodevilla,
recien venido á esta villa,
mi protegido y pariente.

Diego y Conde. ¡Pariente!

Clara. (*Con alegría.*) (¡Qué escucho! . . .)

Zen. Pues. . . ;
su pariente.

Diego. ¿Quién creyera
que á tan elevada esfera. . . .

ZEN. Ahí vereis, señor marqués.
COND. Yo os he visto y no sé dónde. . . .
ZEN. En la Rioja. . . .
COND. ¡Ah! . . . sí, por Dios. . . .
¿quién me dijera que vos. . . .
ZEN. Pues ahí vereis, señor conde.
MARQ. Conque sois, por lo que veo,
antiguos conocidos. . . .
DIEGO. (*Con embarazo.*) Sí. . . .
allá en su pueblo le ví. . . .
y á su padre. . . .
ZEN. Bien lo creo.
Como que solo el marqués
en su desgracia halló abiertas
de aquella casa las puertas
sin dolo y sin interés.
Allí durante tres años. . . .
tres fueron, hora tras hora
llorando estuvo, señora,
del mundo los desengaños.
Y allí en ese tiempo. . . . ¡va!
hasta honró mi pobre mesa. . . .
figuraos, noble marquesa,
si á mí me conocerá.
DIEGO. Con efecto. . . .
COND. (¡Qué risita! . . .)
MARQ. (¡Qué sospecha! . . .)
ZEN. Yo lo veis. . . .
MARQ. ¿Y tambien conocereis
á esta bella señorita?
ZEN. ¡Oh! . . . sí. . . .
MARQ. (*A Clara.*) ¿Por qué os sonrojais?
Y vos, mi noble pariente,
¿cómo al verla, diligente
á saludarla no vais?
ZEN. No lo extrañeis, pues temia

que con el tiempo pasado
tal vez se hubiese olvidado
la humilde persona mia.
(*Acercándose á Clara.*)
Pero tan bella ocasion
aprovecharé en verdad.
Señorita. . . . perdonad. . . .

MARQ. (Los vende esa turbacion.)

ZEN. (*Bajo.*) (Esta noche. . . .)

MARQ. (¡Hola! ¿secreto?)

CLARA. (*Bajo.*) ¡Que nos observan ahora! . . .

ZEN. (*Alto.*) Esta es la expresion, señora,
de mi profundo respeto.

COND. (*A Don Diego.*) Vámonos. . . .

MARQ. ¿Y qué hora es?

ZEN. La misma en que acostumbrais
ir á palacio.

MARQ. (*A Clara, Diego y conde que se disponen para marchar.*) ¿Ya os vais? . . .

DIEGO. (*Saludando.*) Sí, señora. . . .

MARQ. Adios, marqués,
Clara. . . .

DIEGO. Quedaos. . . .

MARQ. Hasta allí. . . .

COND. (*A Zenon.*) ¿Os quedais vos?

ZEN. Claro está.

COND. Pues ¿no veis que á salir va?

ZEN. (*Sentándose.*) Pues señor, me quedo aquí.

COND. Como gusteis. . . . . (*Aparte y retirándose.*)
¡Qué altanero
y ufano porque le he dicho. . . .
(*Al pasar por el lado de la marquesa.*)
Será un ligero capricho. . . .
¿eh? . . .

MARQ. ¿Quién sabe? . . . (*Saludando.*) Caballero. . . .

ESCENA IX.

LA MARQUESA.—ZENON.

MARQ. Se fueron ya; ¡qué fortuna!
esta gente no me deja. . . .
¿Teneis de ella alguna queja?
me parece que. . . .
ZEN. Ninguna. . . .
MARQ. ¿Ninguna? . . . mirad que yo. . . .
ZEN. Sí, quejas que se olvidaron:
mi amor propio rebajaron
una vez. . . mas ya pasó.
MARQ. ¿Y eso os llegó á suceder
porque á Clara. . . . estando allí. . . .
ZEN. ¡Quién os ha dicho. . . .
MARQ. (El es, sí. . . .)
Son cosas que una mujer
suele al punto adivinar. . . .
Vamos, y ¿en tal situacion,
decid bajo confesion,
pensais ó no renunciar. . . .
ZEN. Les quisiera devolver
el ultraje que me hicieron. . . .
allí en poco me tuvieron. . . .
MARQ. En mucho os han de tener.
ZEN. Que no me insulten jamás
con su soberbia señora;
á esto solo aspiro ahora.
MARQ. ¿Y á nada mas?
ZEN. Nada mas.
MARQ. Yo el camino os abriré,
para que halleis cara á cara

al padre de doña Clara;
(mas de ella te apartaré.)

ZEN. ¡Ah! . . .

MARQ. Pero calmad mi afan:
ya sabeis que en fiera guerra
hoy la Francia y la Inglaterra
por nuestra alianza están.—

ZEN. Y ¿qué importa que lo estén?

MARQ. ¡Oh! . . . sí; ¿por cuál estais vos?

ZEN. Por ninguna de las dos.

MARQ. Somodevilla, muy bien:
me agrada, viven los cielos,
lo que acabais de decir:
tan alto habeis de subir
que hasta al monarca deis zelos.

ZEN. ¡Marquesa! . . . dudando estoy. . . .

MARQ. Pues no tengais duda alguna,
que vuestro brillo y fortuna
van á empezar desde hoy.—
Y para que se disipe
vuestro asombro. . . . os han nombrado. . . .

ZEN. ¿Qué?

MARQ. Secretario privado
del infante don Felipe.

ZEN. Tan grande merced. . . . ¡ay Dios! . . .

MARQ. A Italia con él ireis. . . .

ZEN. ¿A Italia? . . .

MARQ. Sí; ¿qué teneis? . . .

ZEN. Que en España os quedais vos. . . .

MARQ. ¿Y os pesa el que quede aquí
vuestra amiga y protectora?

ZEN. ¿Podeis dudarlo, señora?

MARQ. Pues no estareis mucho allí.

ZEN. ¡Ah! ¡qué habeis dicho!

MARQ. No sé. . . .
Adios, buscadme en palacio,

que allí hablaremos despacio
y al rey os presentaré.

ZEN. Mas.... perdonad mi porfia....

MARQ. Es tarde.... ya hallareis modo....
(*Retirándose.*)
(Si á mí me lo debe todo
la victoria será mia.)

ESCENA X.

ZENON.

¿De esperanza tales nuevas?...
¿es cierto que las oí?...
honores... amor... ¡Oh!.. ¡sí!
¡Fortuna!.. ¿á dónde me llevas?
Lánzate audaz sobre el viento,
mi pensamiento te sigue....
no temas, no, que fatigue
tu vuelo mi pensamiento.
Tras de él iré temerario....
Temed, Santello, desde hoy,
que ya por de pronto soy
de un príncipe secretario.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

PERSONAJES.

LA MARQUESA.—CLARA.—D. ZENON.—D. DIEGO.—EL CONDE.—KEEN.—EL DUQUE.—DOS UGIERES. CABALLEROS 1.°, 2.° Y 3.° —CORTESANOS.

Salon en el palacio real de Madrid. Al frente una espaciosa galería izquierda arriba, una puerta secreta, y mas al centro la de la cámara del rey: á la derecha la de la reina.

ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO.—MR. KEEN.

KEEN. ¡Qué solitaria está hoy
la ante-cámara real!
DIEGO. Aun es temprano. . . .
KEEN. Las once.
DIEGO. En breve se llenarán
salones y galerías
de caballeros.

KEEN. Tal cual,
con eso, señor marqués,
tendremos con quien hablar.
DIEGO. A hablar nos está brindando,
buen Kin, esta soledad.
KEEN. No tanto como os parece;
aquí conviene callar.
DIEGO. ¿Por qué?
KEEN. Porque en los palacios
las paredes oyen....
DIEGO. ¡Bah!
eso será en vuestra tierra,
pero en España, jamás.
KEEN. Sin exposicion, podemos....
DIEGO. Con toda seguridad;
conozco bien estos sitios
para que pueda dudar....
KEEN. Y bien....
DIEGO. Y bien, ¿qué tenemos?
KEEN. Embrollos cada vez mas;
el horizonte político
cargado de sombra está,
y para arrollar las nubes
que se agolpan sin cesar,
necesitamos los dos
de mucha sagacidad:
Veremos.... y ¿qué os ha dicho
el ministro Carvajal?
DIEGO. Me acepta por compañero,
y hoy al rey me propondrá
para darme la cartera
de la hacienda universal.
KEEN. Y ¿sabeis, señor don Diego,
si bien decidido está
á apoyar las pretensiones
de Inglaterra?

DIEGO. A la verdad
que no os puedo en este asunto
cumplida rcspuesta dar.
El ministro todavía. . . .
KEEN. ¿Qué?
DIEGO. Permanece neutral;
pero desde luego, Kin,
bien os puedo asegurar,
que al gabinete francés
profesa un odio mortal.
Al inglés por su familia
está inclinado algo mas. . . .
y ya veis, si yo después
subo al poder. . . .
KEEN. Claro está,
daremos fin á la empresa
con toda felicidad.
Ya sabeis hasta qué punto
conmigo podeis contar,
y además lo agradecida
que Inglaterra os quedará.
Mas ¿no temeis que la Francia
dé en tierra con nuestro plan?
DIEGO. Maldita Francia.
KEEN. ¡Maldita!
no cesa de trabajar. . . .
DIEGO. Es fuerza que confesemos
que ese duque ó Satanás
es travieso como él solo
muy entendido y sagaz.
KEEN. No tanto, señor marqués,
como vos os figurais:
no es todo cosecha suya. . . .
harto le ayudan de allá. . . .
y para entenderle el juego
no hay mucha dificultad.

DIEGO. No obstante, mirad que es vasto
lo que pretende abrazar.
Intrigando, sus agentes
hora en Nápoles están,
para enemistar á España
con aquel reino; además
al de Parma y de Plasencia
tambien quieren malquistar. . . .

KEEN. Y ¿qué importa? Esos manejos
hoy vuestro rey los sabrá,
y verá que la conducta
de Inglaterra es mas leal.
La enemistad del de Nápoles
tal vez la conseguirán;
mas, no temais que se altere,
marqués, por eso la paz.
Por lo que hace al de Plasencia. . . .
Somodevilla está allá,
y él sabrá como hasta aquí
los proyectos derribar
de los agentes de Francia.

DIEGO. Mister Kin, os engañais;
Somodevilla ha venido.

KEEN. ¿Somodevilla aquí está?
y desde cuándo, ¿sabeis?

DIEGO. Sí; me acaban de informar
que entró en Madrid con la posta
hará tres horas lo mas.
Con grande prisa ha llegado.

KEEN. Y con sigilo.

DIEGO. Es verdad.

KEEN. ¿Cómo es que deja al infante?
¿le manda el rey á llamar?

DIEGO. Quién sabe. . . . algunos servicios
ha prestado ese rapaz,
y tal vez querrá en la corte

premiarle su majestad.

KEEN. ¡Oh! y con justicia: sabeis
que es un mozo muy cabal,
muy despejado y muy diestro. . . .

DIEGO. No es lerdo; pero. . . . le dan
mas realce del que tiene
su mérito, desde acá.

KEEN. Marqués, ¿os inspira zelos?

DIEGO. ¿A mí? ¿podéislo pensar?
Es pequeño, y por ahora
no temo rivalidad. . . .

KEEN. No obstante, ese caballero
bien veis que en camino está
de alcanzar un porvenir
de gloria y prosperidad.

DIEGO. Insolente es su fortuna.

KEEN. Yo pienso que convendrá
tenerle de nuestra parte.

DIEGO. Lo que conviene es cortar
con mucho tino las alas
de ese astuto gavilan.

KEEN. ¿Qué daño nos puede hacer?

DIEGO. Por ahora ni bien ni mal;
mas adelante pudiera
su influjo contrarestar. . . .
de la marquesa es hechura,
y es aun mas que ella neutral.

KEEN. Don Diego, mejor seria
que fuéramos mas allá:
la marquesa es un obstáculo
que no he podido allanar,
y á todo trance ya es fuerza
que pensemos. . . . ¿eh?

DIEGO. Cabal:
ese es mi sueño.

KEEN. Una intriga

es muy fácil de inventar . . .
ya sabeis que en estos casos
cualquiera intriga es legal.

DIEGO. Y aquí de suma importáncia.

KEEN. Con el rey quisiera hablar. . . .
pero aun no es hora; después
yo os ofrezco que. . . .

(*Aparece por la puerta del fondo el duque, y al verlos se retira por la izquierda.*)

DIEGO. ¡Callad!
¿Le habeis visto?

KEEN. Y se recata
de nosotros. . . .

DIEGO. ¿Dónde irá?

KEEN. Aquí, venia y sin duda
por no dar que sospechar. . . !
voy á seguirle la pista. . . .

DIEGO. Yo á ver á Clara, que está
hoy de guardia en la real cámara.

KEEN. Astucia.

DIEGO. Sagacidad.

(*Vanse. Keen observa por la izquierda del fondo y se oculta por la derecha.—Don Diego entra en la cámara de la reina, y sale la marquesa por la puerta secreta.*)

ESCENA II.

LA MARQUESA.

¡Pobre gente! ellos ignoran
que sin tregua ni descanso
en todo lo que maquinan
les voy siguiendo los pasos. . . .
Buena astucia es la que gastan
esos tristes diplomáticos. . . .

¿á quién no parecerán
mas que astutos mentecatos?
Muy bien, marqués de Santell,
sois en todo un cortesano,
en lo fiel y agradecido,
en lo español y en lo honrado.
Y ese perro de extranjero
que aquí de amigo embozado
el volcán de las pasiones
está sin cesar soplando! . . .
Veremos quién en la lucha
se tiende mejor el lazo. . . .
¡Oh! . . . todo lo he de intentar
hasta que logre espantarlos.
¡Ugieres!

(*Abrense las puertas de la derecha é izquierda y sale por cada una un ugier.*)

ESCENA III.

LA MARQUESA.—DOS UGIERES.

LOS DOS. Señora. . . .
MARQ. Oid.
(*Al de la derecha.*)
No deis á ninguno paso
hasta la hora de la audiencia.
UG. Muy bien. (*Se retira cerrando la puerta.*)
MARQ. (*Al de la izquierda.*) Lo mismo os encargo:
á ninguno; ¿lo entendeis?
solo queda exceptuado
un caballero. . . .
UG. ¿Su nombre?
MARQ. Somodevilla, acordaos.
Vamos á ver al monarca

y sepa lo que hace al caso:
(*Vase por la izquierda seguida del ugier, que cierra la puerta.*)

ESCENA IV.

EL DUQUE.—*Después* KEEN.

DUQ. (*Reconociendo la escena.*)
¡Hola! . . . parece que ya
el puesto han desocupado.—
Algo Kin y el de Santello
estaban aquí tramando. . . .
(*Aparece* Keen *observando desde el fondo.*)
No importa; los dos me evitan
y me hacen dueño del campo.
(*Dirigiéndose á la cámara de la reina.*)
¡Oh! . . . si logro que la reina
me escuche á solas un rato. . . .
KEEN. (*Dirigiéndose á la cámara del rey.*)
(¿El á la reina? . . . yo al rey.—)
(*Abriendo la mampara de la derecha.*)
DUQ. Fortuna, dame tu amparo.
UG. (*A la derecha.*) Su majestad no recibe
hasta las doce.
DUQ. (*Volviendo á cerrar la mampara.*)
Bien. . . .
KEEN. (*Mirándole y riéndose.*) ¡Bravo!
DUQ. ¡Aquí, vos!
KEEN. (*Abriendo la de izquierda.*)
Hasta las doce. . . .
UG. (*De la izquierda.*) El rey está despachando.
(*Cierra el ugier quedándose en la escena.*)
DUQ. (*Riéndose.*) ¡Magnífico!
KEEN. (*Lo mismo.*) Haceis muy bien
iguales hemos quedado.

Duq. Me parece, amigo Kin,
que esto marcha muy despacio.
Keen. Con efecto, amigo duque,
no es esto lo que pensábamos.
Duq. ¿Habeis visto qué desaire? . . .
Keen. ¿Desaire decís? . . . no alcanzo. . . .
Duq. Nos han negado la entrada.
Keen. No nos hemos presentado
en la cámara real
con carácter de enviados,
sino cual particulares. . . . .
y nada tiene de extraño. . . .
Duq. A todo encontrais disculpa.
Keen. Y ¿qué quereis? . . . menos malo:
yo tengo mucha paciencia. . . .
Duq. Bien de ella necesitamos.
Keen. ¿Sí? pues qué. . . . ¡vuestros negocios
están en tan mal estado?
Duq. Sobre poco mas ó menos
como los vuestros.
Keen. ¡Qué diablos!
pues entonces no os quejeis. . . .
Duq. ¿Que no me queje?
Keen. Está claro.
Duq. ¿Acaso habeis conseguido. . . .
Keen. No mucho; mas siempre es algo.
Duq. (*Con interés.*)
¡Algo! . . . y bien, ¿no me direis?
Keen. Señor duque, sois muy cándido.
Duq. Teneis razon, Mister Kin:
me olvidaba preguntándoos,
de que vos en este punto
sois el hombre menos franco
que he conocido.
Keen. ¡Oh! . . . pues vos
tambien sabeis manejaros.

Con ese aspecto inocente
y ese ademan estudiado,
os vais derecho al asunto
con firme y seguro paso.

DUQ. Me concedeis un instinto
que sin modestia, os rechazo.
Supongo que hasta ahora vos
si habeis conseguido algo,
como ha poco me dijísteis,
habrán sido desengaños. . . .

KEEN. No hay de todo, señor duque,
aunque es fuerza confesarlo;
esta gente no se deja
engañar. . . .

DUQ. Ved ahí lo malo
de vuestra causa.

KEEN. No veo. . . .

DUQ. Su bandera es el engaño. . . .

KEEN. ¡Ja! . . . ¡ja! . . . que sois divertido,
y como nunca hoy os hallo. . . .
Pues ¿cuál es la de la vuestra?
¡Imparcialidad! . . . veamos. . . .

DUQ. La del cariño. . . . queremos
volver á anudar los lazos. . . .

KEEN. ¡Oh! . . . sí, sí, los lazos que unen
al señor con el esclavo.

DUQ. Os equivocais. (*Aparecen en el fondo varios caballeros y entre ellos el conde.*)

KEEN. ¡Silencio!
ved aquí á los cortesanos
que vienen como nosotros
á adular al rey Fernando.

DUQ. ¡Hola! . . . y al conde del Valle
entre ellos á ver alcanzo. . . .
vuestro instrumento político. . . .

KEEN. ¡Ps! . . . no es mas que un pobre diablo.—

ESCENA V.

KEEN.—EL DUQUE.—EL CONDE.—CABALLEROS.

COND. (*A los caballeros.*)
Mirad qué unidos están. . . .
¡qué! . . . si son los diplomáticos
gente muy rara. . . .
(*Acercándose á los embajadores.*)
Señores. . . .
KEEN. Adios, conde.
DUQ. Bien llegado.
COND. Mucho me place, á fe mia,
en este sitio encontraros,
mano á mano divertidos
como buenos aliados.
KEEN. Una tregua momentánea
entre los dos se ha pactado. . . .
COND. Perfectamente, señores;
bueno es empezar por algo. . . .
DUQ. ¿No sabeis que á Mister Kin
hoy la entrada le han negado
en la cámara del rey?
COND. ¡Qué decís!
KEEN. Es muy exacto:
y al duque en la de la reina.
COND. ¡Tambien á vos! . . . mas. . . . ya caigo:
no habreis venido en el nombre
de vuestros reyes. . . . y acaso. . . .
KEEN. Eso mismo ha sucedido.
COND. Pues no debeis extrañarlo;
por la etiqueta. . . . y se observa
con tal rigor en palacio,

que acaso no tendrá igual
en los de Europa. . . . otro tanto
á los demás nos sucede. . . .
niguno habrá tan osado
que mientras estén cerradas
las puertas de ese santuario,
se atreva á comparecer
delante del soberano.
¿Qué quereis? en esta tierra
el uso ya ha sancionado. . . .
(*Siguen aparte.*)

CAB. 1.º ¿No es aquel Somodevilla?
CAB. 2.º El mismo, sí.
CAB. 3.º ¡Qué bizarro!
CAB. 1.º Y crece como la espuma. . . .
CAB. 2.º Es lo mas afortunado. . . .
CAB. 3.º Es que vale mas que muchos. . . .
CAB. 1.º Aquí viene. . . .
CAB. 2.º Sí. . . .
CAB. 3.º Abrid paso. . . .

(*Los caballeros se retiran á la derecha.—Aparec Zenon en el fondo y se dirige saludando á los qu están en la escena, hácia el ugier.*)

COND. ¡Qué miro!
ZEN. (*Bajo al ugier.*) Somodevilla.

(*El ugier abre la puerta, se inclina profundamen te al pasar Zenon y le sigue cerrando aquella.*)

DUQ. (*Al conde.*) Pues ahí teneis; ese ha entrad

(*Rumor de los caballeros; estos se retiran lentamen te por el fondo en distintas direcciones.*)

COND. ¡Qué! . . . si es lo mas inaudito.
es el ejemplar mas raro
que ha sucedido en la corte
en lo presente y pasado.
KEEN. Cuando os digo que ese mozo
á todos nos va á dar chasco. . . .

COND. Imposible. . . . eso será. . . .
¡qué sé yo! . . . no sé explicarlo.
Alejémonos de aquí,
si os parece; aun es temprano,
y desde esa galería. . . .
KEEN. Conde, no está mal pensado,
porque aquí un triste papel
estamos representando.
COND. *(Al duque.)* Entre los demás, podemos. . . .
DUQ. Como gusteis. . . .
COND. ¿Vamos?
DUQ. Vamos.

ESCENA VI.

DON DIEGO.—CLARA.

DIEGO. Adios, Clara.
CLARA. Adios, señor.
DIEGO. Ya lo sabes; á observar
y no dejes escapar
el dicho ó gesto menor.
Esto importa á mi interés;
¿lo entiendes? . . . estoy citado
con el ministro de Estado,
y aquí volveré después.
Entre tanto observarás
lo que la reina resuelva,
y cuando yo á verte vuelva
de todo me informarás.
CLARA. Señor, tan nuevo este lance
es para mí. . . . que no sé. . . .
DIEGO. ¿Qué?
CLARA. Descuidad, que yo haré
cuanto pueda y se me alcance.

Mas, temo que mi ignorancia. . . .
MARQ. No temas, ya hallarás modo. . . .
observa bien. . . . sobre todo
al embajador de Francia:
tal vez, no lejos está,
y á la hora de la audiencia
para agotar su elocuencia
en la cámara entrará.
La marquesa. . . .
CLARA. ¿Creeis vos?
DIEGO. No te importa lo que creo:
ya sabes lo que deseo. . . .
y lo que has de hacer; adios.

ESCENA VII.

CLARA.

¡Temblando estoy! . . . ¿cuándo, cuándo
tu ambicion se extinguirá?
¡Oh! ¿nunca se apagará
tu sed de honores, de mando? . . .
¿Tambien á tu Clara obligas
á entrar en tus planes? . . . ¡Oh! . . .
Y. . . . ¿qué es lo que entiendo yo
de palaciegas intrigas?
¿Yo á la marquesa espiar? . . .
¡¡espiar! . . . yo, que. . . . ¡ay de mí!
¡solo para amar nací,
para sufrir llorar! . . .
(*Dirigiéndose lentamente á la cámara de la reina.*)
Si la suerte se declara
en contra suya y después. . . .

———

ESCENA VIII.

ZENON.—CLARA.

ZEN. (*Entreabriendo la mampara de la izquierda.*) ¡Un título de marqués!. . .
¡Gentil hombre! . . . (*Reparando en Clara.*)
¡Clara! . . . ¡Clara!

CLARA. ¿Quién? . . . ¡Dios mio! . . . ¡vos aquí!

ZEN. Clara mia. . . . sí, por Dios.
Me recibes con un vos. . . .
¿por qué me tratas así?
¿Qué fué de aquella bondad
con que un tiempo tu hermosura. . . .

CLARA. ¿Sois ya el mismo por ventura?

ZEN. Sí, á fe mia. . . .

CLARA. No en verdad.

ZEN. Esa duda que alimentas
desgarra mi corazon.

CLARA. ¡No, no!

ZEN. Pero ¿qué razon
en su apoyo me presentas?

CLARA. ¿Razones, razones pides
cuando sabes tu falsía? . . .
¿y eres tú el que me decia. . . .
—Clara mia, no me olvides?—
te alejaste de mi lado:
tras de una ilusion perdido,
ciego por el mundo has ido,
por todo has atropellado.
Y tu talento aplaudieron,
dijeron que era profundo. . . .

y los aplausos del mundo
por fin te desvanecieron.
Quisiste honores y gloria. . . .
y la gloria y los honores
mataron nuestros amores
y ocuparon tu memoria.
Y si en tu loca ambicion,
si en este delirio ciego
de amor el ardiente fuego
guardaste en el corazon,
no fué el que vimos nacer
felices los dos un dia. . . .
Fué el amor que te ofrecia
una opulenta mujer.
Esto ha pasado. . . .

ZEN. ¡No, no! . . .

CLARA. Tú embebecido gozando,
en tanto que suspirando
las horas pasaba yo. . . .

ZEN. Por Dios, tus pesares calma. . . .
da treguas á tu quebranto. . . .
¿no ves que con ese llanto
me llenas de angustia el alma?
Cesa. . . . nos puede infamar
aquí una sospecha leve. . . .
y oye, Clara, porque en breve
nos vamos á separar.
Es cierto, muy cierto, sí,
que por la ambicion llevado
tras del poder me he lanzado
con sin igual frenesí.
Tras de él mi indomable brio
horas pasó de amargura,
y dí mil veces tortura
al pobre talento mio.
Y ¿tú no sabes por qué,

brillante luz de mis ojos,
por esta senda de abrojos
avanzó con tanta fe?
Pregúntaselo al que un dia
de mi lado te arrancó
y audaz en rostro me dió
con su poder é hidalguía.
¡Oh! . . . desde entonces juré
no reconocer igual,
busqué remedio á mi mal. . . .
y pienso que lo encontré.
¡Ah! . . . no lo dudes, sí, sí:
esto no es un sueño vano;
pero. . . . si tanto me afano
¿por quién es sino por tí?
Quiero al que su alta nobleza
me ponderó, hacerle ver
que yo te puedo ofrecer
tanto amor como grandeza.
Que á la humildad de mi cuna,
nobleza le da sus galas;
que yo cabalgo en las alas
de la fama y la fortuna;
y que mi esperanza es tal,
y tan grande lo que trazo. . . .
que el asta ha de ser mi brazo
del pabellon nacional.

CLARA. ¿Y acaso tanto poder
ahuyentará mi dolor?

ZEN. Me has dicho que tengo amor
á una opulenta mujer:
que á tu cariño hice agravios,
que procedí con falsía. . . .
Mas tú ignoras, vida mia,
lo que aquí mienten los labios:
tú ignoras que entre la gente

de que cercada aquí estás,
se dice mucho, y jamás
se dice lo que se siente.
Pues va en esta confusion
cada cual á su demanda,
y en palacio siempre manda
la cabeza al corazon.
Por eso tú, bien se ve,
que siempre inocente has sido,
fácilmente habrás podido
dudar de mi ardiente fe.
Mas de tu seno jamás
alteres la dulce calma,
porque tú, Clara del alma,
siempre mi ídolo serás.
Cuanto te digan y veas,
cuanto llame tu atencion,
todo ello es pura ficcion,
nada escuches, nada creas.
Porque aquí por varios modos
todos van, mi dulce bien,
á quien mas engaña á quien. . . .
y yo engañar quiero á todos.

CLARA ¡Ah!

ZEN. Sí, tengo esta ambicion,
¡lo juro por mis amores!
Quiero limpiar de traidores
y extranjeros la nacion.

CLARA. Me estremeces en verdad
con lo que intentas hacer. . . .

ZEN. ¿De mi amor quieres tener
completa seguridad?

CLARA. ¿Qué dices?

ZEN. Que pronto estoy
á ahuyentar nuestros pesares,
jurándote en los altares

eterna fe: ¿quieres? hoy. . . .

CLARA. ¡Ah! . . . ¡mi padre! . . . tal vez ya. . . .
habrá cesado en su empeño. . . .

ZEN. Aun creerá que soy pequeño;
¡no, no! . . me despreciará.
Escucha: hoy me ves aquí,
ante tu faz soberana;
pero. . . . yo no sé mañana
lo que podrá ser de mí.
¿Quieres enlazar tu suerte
con la mia? . . . fija un plazo,
y un secreto estrecho lazo
nos unirá hasta la muerte.

CLARA. ¡Ay Dios!

ZEN. ¿Qué respondes?

CLARA. ¡Ah! . . .

MARQ. (*Dentro.*) Podeis anunciar la audiencia.

ZEN. ¡Cielos!

CLARA. ¿Temes su presencia?

ZEN. (*Conduciéndola á la cámara de la reina.*)
¡Y bien? . . .

CLARA. (*Con resolucion.*) Sí.

ZEN. ¡Vete!

(*Entreabre la puerta, entra Clara, y al ir á cerrarla aparece la marquesa seguida del ugier que se va por el fondo dejando abierta la de la izquierda.*)

ESCENA IX.

MARQUESA.—ZENON.

ZEN. (*Asido del picaporte.*) (Aquí está.)

MARQ. ¡Ah! . . . ¿qué haceis en esa puerta?

ZEN. Vuestras órdenes oí. . . .
y á repetirlas aquí. . . .

MARQ. (*Dirigiéndose á la puerta.*)
No, no. . . . dejad que yo advierta. . . .
ZEN. (La va á ver. . . . ¡Oh! . . . ya pasó.)
MARQ. (*Reconociendo el interior.*)
(Nadie. . . .) (*Al ugier.*) (Las doce.)
(*Abre el ugier la puerta y se retira por el fondo; poco después va saliendo el número posible de caballeros: unos entrañ en la cámara del rey, otros en la de la reina, dejándose ver entre estos el embajador de Francia.*) Creí
que á mas distancia de aquí
os iba á encontrar. . . .
ZEN. ¡Oh! . . .no:
como os pusísteis á hablar
con el rey tan en secreto,
conociendo vuestro objeto
me alejé por no estorbar.
Mas daros muestras ansiaba
de gratitud y de fe. . . .
y dije aquí guardaré
y aquí aguardándoos estaba.
MARQ. Pues podeis mudar de intento,
que á mí nada me debeis.
ZEN. ¡Qué decís!
MARQ. ¿No lo sabeis?
ZEN. ¿A quién? . . .
MARQ. A vuestro talento.
ZEN. ¡Marquesa! ¿os burlais de mí?
á mi talento. . . . ¡quimera!
Y bien, aunque lo tuviera
¿vale lo que hoy os debí?
Y ¿qué pruebas de él he dado
para merecer unidas
las honras tan distinguidas
con que hoy el rey me ha colmado?
Ese es un vano pretexto

que sonroja á mi humildad. . . .
ARQ. No es pretexto, es la verdad,
sois demasiado modesto.
Cuanto habeis escrito vos
sobre la hacienda y la armada,
lo ha visto el rey con marcada
satisfaccion.
:N. Mas. . . . ¡gran Dios!
ARQ. A solas ha examinado
vuestros proyectos. . . .
:N. ¿Sí?
ARQ. Sí,
y un dia exclamar le oí. . . :
He aquí un buen hombre de Estado.
¡Buenos planes imagina!
¿Quién sabe si á ese doctor
le deberá su esplendor
nuestra naciente marina?
Con que, amigo, ya lo veis:
vuestra duda está explicada;
no he tenido parte en nada,
todo á vos os lo debeis.
No he hecho mas que aprovechar
una ocasion oportuna,
y ha venido la fortuna
mis votos á coronar.
N. Y ¿os parece todavía
que es poco, bella marquesa?
¿Quién sino vos se interesa
aquí por la suerte mia?
A no ser por vos. . . .
RQ. ¡Oh! . . . no. . . .
N. Entre el vulgo confundido
el rey no hubiera sabido
que estaba en el mundo yo:
ni con tanta brevedad

se premiara mi desvelo,
ni hubiera tendido el vuelo
con tanta seguridad.

MARQ. Empeñado estais, marqués,
en agradecerme algo.

ZEN. Sí, señora, cuanto valgo.—

MARQ. Cesad. . . . veremos después. . . .

ZEN. ¿De mi gratitud os pesa?

MARQ. ¡Gratitud! . . , no agradezcais
á quien solo. . . .

ZEN. ¿No acabais?

MARQ. Torpe sois.

ZEN. (*Tomándole una mano.*)
¡Ah! . . . ¡no, marquesa!
(*Siguen hablando aparte.*)

ESCENA X.

MARQUESA.—ZENON.—CONDE.—KEEN.

KEEN. ¿Eh? conde. . . .

COND. ¿De qué hablarán? . . .

KEEN. Quién sabe si esos señores. . . .

COND. De política. . . .

KEEN. O de amores:
muy engolfados están.

COND. ¡Oh! . . . yo le impondré la ley. . . .
ya vereis cómo lo espanto. . . .

KEEN. Hareis muy bien: yo entretanto
me voy á hablar con el rey.
(*Vase por la izquierda.*)

ESCENA XI.

MARQUESA.—ZENON.—CONDE.

COND. ¿Os interrumpo?
MARQ. No, conde.—
ZEN. (*Bajo á la marquesa.*)
De mi buena suerte espero. . . .
MARQ. Sí, sí; esperad, eso quiero:
porque. . . .
COND. (Apenas me responde. . . .)
(*Bajo á la marquesa.*)
Vuestro rostro encantador
hoy cruel está conmigo
como nunca.
MARQ. Eso es, amigo,
un favor y un disfavor.
(*Bajo á Zenon.*)
¿Lo veis? . . . me está interrumpiendo
y ya no es fácil que aquí. . . .
COND. (¡Otra vez vuelve! y de mí
mofa tal vez está haciendo. . . .)
(*Bajo.*) ¿No le quereis conceder
á vuestro rendido amante. . . .
MARQ. Sí, señor conde, al instante. . . .
(*Bojo á Zenon.*) Hoy os espero á comer
y allí del plan con despacio. . . .
COND. (Reniego de su capricho. . . .)
Señora. . . .
MARQ. Sí, ya os he dicho. . . .
(*A Zenon.*) No os esteis mucho en palacio...
COND. (Ya tanto desden me humilla.)
(*Bajo á la marquesa.*) O Somodevilla ó yo.
MARQ. (*A Zenon.*) O Clara ó yo. . . .

ZEN. Vos.
MARQ. (*Con satisfaccion.*) (¡Pues no!)
¿Conde?—
COND. ¿Qué?
MARQ. (*Dirigiéndose á la cámara de la reina.*)
Somodevilla.—

ESCENA XII.

ZENON.—CONDE.

COND. (¡Tan atroz desaire á mí! . . .
En piedra me ha trasformado. . . .
ZEN. (*Procurando contener la risa.*)
Parece que os ha picado
alguna víbora. . . .
COND. Sí.
¡Y eso á reir os precisa?
ZEN. Cosas del mundo. . . .
COND. (Y ¿yo aguanto. . . .)
ZEN. Lo que á unos produce llanto
en otros produce risa.
COND. Lo que decís, ¡vive Dios!
mirad bien. . . .
ZEN. ¡Oh! . . . ¿quién creeria
que aquí yo venir debia
para reirme de vos?
COND. Y ¿os atreveis. . . .
ZEN. ¿Si me atrevo? . . .
¿Pues no lo veis? . . . además
que yo en esto no hago mas
que pagaros lo que os debo.
¿Teneis la memoria escasa?
COND. Y ¿os importa? . . .
ZEN. Sí, pardiez.
¿No os acordais que una vez

estuvísteis en mi casa?
Por dicha ¿olvidar pudísteis
lo que entonces pretendia?
¿Teneis presente aquel dia
cuán en poco me tuvísteis?
"Lo de la boda. . . . ¿eh? ¡ja! ¡ja!"
Dijísteis á vuestro tio. . . .
y ahora de ella y de él me rio,
y. . . .

COND. ¿De mí?

ZEN. Pues claro está.

COND. Yo lograré ese descaro
castigar cual corresponde.

ZEN. Hareis mal, porque eso, conde,
os puede costar muy caro.

COND. Porque valimiento aquí
habeis logrado tener,
¿pensais que vuestro poder
ha de alcanzar hasta mí?
Vanas serán las fatigas
que por ello paseis. . . . ¡oh!
estoy á cubierto yo
de vuestras torpes intrigas.

~~COND.~~ Zen. Nada, conde, no lograis
hacerme fruncir el ceño:
sois enemigo pequeño. . . .
y en vano, en vano os cansais.
Toda la hiel que derrama
vuestra boca, os la perdono. . . .
porque es justo vuestro encono. . . .
os he quitado la dama. . . .

COND. ¡Callad! . . . ó viven los cielos,
que si no os vais mas despacio,
aunque estemos en palacio. . . .

ZEN. ¡Lo que arrebatan los zelos!

COND. Mucho presumís, por Dios,

con vuestra fortuna loca.
ZEN. Conde. . . , que os pierde la boca.
COND. ¿Quién sois?
ZEN. Tanto como vos.
COND. No sabeis lo que decís.
ZEN. ¡Oh! . . . sé muy bien lo que digo.
COND. Vos, pobre hidalgo, ¿conmigo
igualaros presumís?
¿sabeis de mi estirpe?
ZEN. No.
COND. Es ilustre por demás;
soy noble ¿entendeis?
ZEN. Yo mas.
COND. Y grande de España.
ZEN. Y yo.
COND. ¿Grande vos, y de la nada. . . .
ayer os alzásteis? . . .
ZEN. ¡Calle!
COND. Yo soy el conde del Valle.
ZEN. Yo el marqués de la Ensenada.

(*Pausa.—Aparecen por la derecha é izquierda el duque y Mr. Keen, seguidos de los caballeros que antes entraron, y se reunen en el centro de la escena. D. Diego llega por el fondo. Keen le dice breves palabras al oido y se retira.—El duque, después de saludar á varios caballeros, hace lo mismo.*)

ESCENA XIII.

ZENON.—CONDE.—KEEN.—DUQUE.—DIEGO.—
CABALLEROS.

KEEN. (Esperanzas.)
DUQ. (Ilusiones.)
ZEN. Aquí los sarcasmos queden,

pues ya veis que no me exceden
en nada vuestros blasones.
Ya salen. . . . callemos, pues,
y si el rencor os aflige
y os pesa de lo que os dije,
podeis buscarme después.
¿Señores? . . .

CAB. 3.° Ya hemos sabido. . . .
y os damos el parabien.

ZEN. Gracias, señor don Guillen;
acepto vuestro cumplido.
Hoy tanto su majestad
de favores me ha colmado,
que ya me encuentro abrumado
con tanta felicidad.
Del rey las bondades quiero
celebrar cual corresponde. . . .
y el señor marqués y el conde
que vayan á honrarme espero.

DIEGO. Vos nos honrais por demás. . . .

ZEN. No lo digais hasta el fin.
(*Sigue aparte con los caballeros.*)

DIEGO. (¿Quién sabe si del festin
para una torre saldrás?)

ZEN. Adios, amigos. . . . eso es,
preparaos á la jarana.
(*Aparte y retirándose.*)
¡Quién sabe lo que mañana
te espera, pobre marqués!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

PERSONAJES.

Marquesa.—Clara.—D. Zenon.—D. Diego.—
uricio.—El Conde.—Mr. Keen.—El Duque.
Caballeros 1.°, 2.° y 3.° —Un Lacayo.—
mas.—Caballeros.

acion del marqués de la Ensenada: puerta grande en el fondo, a que se descubre el interior de varios salones iluminados y s de damas y caballeros. Una puerta á la derecha y otra á quierda.

ESCENA PRIMERA.

D. Diego.—Keen.—Caballeros.

1.° Es preciso confesar
que Ensenada de esta hecha
á todos nos ha vencido
en lujo y magnificencia.
2.° Está brillante el sarao.
3.° ¡Qué! si es una cosa nueva:
¿no os parece, mister Kin?
¿se danza así en Inglaterra?
. Somos poco aficionados

á dar que hacer á las piernas,
y por eso, caballeros,
será dificil que pueda
compararse esta funcion
con las que allí se celebran.

CAB. 3.° ¡Oh!. . . . ya sabemos que allí
se danza mas de cabeza;
pero confesad al menos,
si repugnancia no os cuesta,
que la gente se divierte
mucho mas en esta tierra.

KEEN. ¿Qué duda tiene? el carácter
y las costumbres se prestan. . . .

CAB. 3.° Por supuesto, la alegría,
el decoro, la franqueza,
todo se halla aquí reunido,
nada mas que aquí se encuentra.
Tended la vista si no
por esas estancias regias,
y encontrareis confundidos
vistosos grupos de bellas
con los apuestos galanes
de la mas alta nobleza.

CAB. 1.° ¿Y sabeis que el buen marqués
de la Ensenada se lleva
los obsequios y atenciones
de todas las damiselas?

CAB. 3.° Hombre, eso es muy natural:
jóven, con muy buenas prendas,
galanteador como él solo. . . .
y además es fruta nueva. . . .

DIEGO. (Mezquinos aduladores.)

CAB 3.° Marqués, nos causa estrañeza
no encontrar á doña Clara
entre las demás bellezas.
¿Por qué no la habeis traido?

DIEGO. Está al lado de la reina,
y esta noche era imposible
que de palacio saliera.
CAB. 3.° ¡Palacio!... siempre palacio
las mas hermosas nos lleva....
y ¿quién hace camaristas
á muchachas.... ¡eh! las viejas
son las que deben estar
aciendo allí penitencia.
CABS. ¡Ja! ¡ja!
CAB. 3.° Digo bien, señores:
nos estafan....
(*Oyese música á lo lejos.*)
CAB. 2.° ¿Oís? La orquesta.
CAB. 3.° Voy, voy; porque me ha ofrecido
un minué la baronesa....
CAB. 1.° Y yo á veros....
CABS. Vamos, vamos.

ESCENA II.

DIEGO.—KEEN.

DIEGO. Sí, marchad á hacer piruetas.
¡Miserable juventud!
qué torpe eres y qué necia....
KEEN. ¿Qué teneis, señor marqués?
DIEGO. Nada, Kin: ¿y la marquesa?
KEEN. Aun no ha venido.
DIEGO. Estará
en palacio dando guerra....
KEEN. Pero.... ¿vos no estais seguro?
DIEGO. Ninguna duda me queda.
Esta mañana me ha dicho
Carvajal con gran reserva,
que debe esta misma noche

quedar la cosa resuelt.

KEEN. Entonces somos felices.
En nombre de la Ingoterra
se han hecho varios regalos
á personas de influencia,
y su apoyo han ofrecido
en cuanto de ellas dependa.
Ya veis que por nuestra parte
os damos todas las pruebas. . . .

DIEGO. Será igual mi gratitud
y mayor la recompensa.

KEEN. ¡Oh! con esto no es deciros. . . .

DIEGO. Aquí, hasta las doce y media
he dicho que me hallarán. . . .

KEEN. ¿Conque aquí estais á la espera. . . .

DIEGO. Sí, amigo Kin, y por cierto
que ya es mucha mi impaciencia. . . .

KEEN. Mas calma, señor marqués,
no están las doce tan cerca. . .

DIEGO. Cada minuto que pasa
una esperanza me lleva.
Si el nombramiento me envían,
si esta noche la cartera
de secretario de Estado
y del despacho me entregan,
vereis al Somodevilla
qué pocas ganas le quedan
de volver á hacer alarde
conmigo de su grandeza. . . .

KEEN. Y ¿habeis notado, don Diego,
que el de Francia no lo deja,
y que están toda la noche
uno y otro en conferencia?

DIEGO. Tanto mejor. De ilusiones
uno y otro se alimentan;
dejadlos que entre esperanzas

irrealizables se aduerman,
que yo los despertaré
mas pronto de lo que piensan.

ESCENA III.

Diego.—Keen.—Mauricio *por la izquierda del fondo, llamando hácia la derecha: despues un* Lacayo.

AUR. ¡Eh! . . . ¡muchacho! . . .
EEN. ¿Quién es ese
que grita desde la puerta?
EGO. El padre de nuestro héroe;
un hidalgote de aldea
que ha venido por la posta
para amenizar la fiesta.
UR. (*Al lacayo.*)
Vente conmigo. . . .
(*Reparando en los que están en la escena.*)
¡Hola! . . . ¿hay gente?
¡Calle! . . . Don Diego, muy buenas. . . .
EGO. (*Con tono de burla.*) Adios, amigo... ¿qué tal?
¿se baila, se galantea?
UR. Así, lo mismo que usté. . . .
que es decir, como cualquiera.
EN. ¡Ja! ¡ja! (*Sonriéndose.*)
EGO. (*A Keen.*) ¡Qué zafio es el hombre!
EN. Sí, . . .
UR. (¿Ya andamos á la oreja?)
(*Al lacayo.*) Dime, y esotro ¿quién es?
CAYO. El enviado de Inglaterra.
UR. ¡Sopla! no tienen entrambos
cara de hacer cosa buena.
EGO. Kin, separémonos ya. . . .

no ocasionemos sospechas. . . .
KEEN. Volvámonos al salon.
MAUR. Pero, hombre, ¿quién nos dijera
allá, por aquellos tiempos
en que iba usted por mi tierra
á salto de mata. . . .
DIEGO. (*Retirándose.*) Sí. . . .
todo se cambia y se altera. . . .
MAUR. (*Siguiéndole.*) Es verdá; y ¿no piensa
en dar por allí la vuelta?
DIEGO. No, señor.—
MAUR. ¿Se va á bailar?
DIEGO. No, señor.— (*Con despego.*)
(*Sale con Keen por el fondo y se van uno por la
recha y otro por la izquierda.*)
MAUR. (*Desde la puerta hablando en la direcc
que lleva don Diego.*) Buena respuesta.
Aproveche la ocasion
por si en otra no se encuentra.

ESCENA IV.

MAURICIO.—LACAYO.

MAUR. Yo no sé si entenderá
este señor de indirectas.
Por sí ó por no, le encajé
la píldora. ¡Oye! Babieca.
LACAYO. Señor. . . .
MAUR. Acércate acá.
LACAYO. ¿Qué es lo que manda vuecencia?
MAUR. ¡Cómo se entiende!
LACAYO. Yo. . . . sí. . . .
MAUR. ¡Toma! y lo dice de veras.
LACAYO. Perdonad, alto señor. . . .

MAUR. ¡Eh! . . . dejémonos de altezas.
LACAYO. Excelentísimo. . . .
MAUR. ¡Dale! . . .
¡Gaznápiro! . . . ¿á mí con esos?
mírame bien: ¿esta cara,
dime, es cara de excelencia?
LACAYO. ¿No sois el padre del amo?
MAUR. Pero. . . . bueno, aunque lo sea,
¿qué tiene que ver el fino
brocado con la bayeta?
Si él ganó ese tratamiento
con su discurso y sus letras,
bien está, que se lo den,
es marqués. . . . y enhorabuena.
Pero yo que siempre estuve
entre mulas y entre ovejas,
y no entiendo de otra cosa
que de arar y de cosechas. . . .
soy un topo como tú:
llámalo á él como debas,
pero á mí, solo Mauricio.
¿Lo entiendes? Mauricio á secas.
LACAYO. Como gusteis. . . .
MAUR. No, que no;
al César lo que es del César,
como dice el tio Facundo. . . .
Pero, oye acá, buena pieza;
¿á qué hora se da de mano
á la danza en esta tierra?
LACAYO. Allá á las dos ó á las tres
de la madrugada. . . .
MAUR. ¡Aprieta!
á las tres. . . . ¡buena la hicimos!
¿Y hasta entonces no se cena?
LACAYO. Es conforme. . . . ¿quereis vos?
MAUR. Ps. . . . no mas que una friolera. . . .

LACAYO. ¿Algun helado, ó bizcochos,
un poquito de jalea,
almíbar, vino ó sangria?
MAUR. ¿No hay quien te la haga á tí suelta?
LACAYO. Pues le diré al repostero. . . .
MAUR. No, sino á la cocinera;
y no hables de golosinas
á quien tiene hambre de veras.
Ve á decidle que me envie
una cosa de conciencia. . . .
aunque sea un jabalí.
LACAYO. Sí, señor, es cosa hecha. . . .
¿adónde quereis que os sirva?
MAUR. Toda la casa está llena. . . .
y no quiero que murmuren
viendo que falto á las reglas. . .
llévalo. . . . sí, mejor es
al jardin, en la glorieta. . . .
allí, allí; que hace calor
y la noche está de perlas.
LACAYO. Voy al momento. . . .
MAUR. Oye, chico,
que no falte una botella. . . .
LACAYO. ¿De Oporto, Rhin, Frotiñan. . . .
MAUR. ¡Rhin. . . . Frotiñan. . . . Cariñena!
(Vase el lacayo por el fondo, izquierda.)
Que es vino de buena boca
y quita todas las penas.
Voy á esperar la pitanza
mientras estos se jalean.
¡Duro! ¡duro! yo á mis solas
haré tambien penitencia.
(Vase por la puerta de la izquierda, y salen por el fondo, derecha, Zenon y el duque.)

—

ESCENA V.

D. ZENON.—EL DUQUE.

Aquí descansar podemos
lejos de esa muchedumbre
que al mirarnos tan unidos
se maravilla y confunde.
Sí, de nada hace misterios
que levanta hasta las nubes.
Sin cuidado eso me trae.
Tambien á mí, señor duque.
Una vez que ya esa gente
murmura, así. . . . por costumbre,
y que donde no hay objeto
hallar peligros presume,
démosle alguna ocasion,
si á vuestra voluntad cumple
para que tenga un motivo
que con justicia le ocupe.
No entiendo. . . .
Os lo explicaré;
perdonad que os importune
con una proposicion
que espero que no os disguste. . . .
Hablad, pues; vuestras palabras
no comprendo á lo que aluden. . . .
Figuraos, señor marqués,
que atendiendo á vuestras luces
y que al gobierno de España
le pudieran ser muy útiles.
hay quien se ...

del poder á la alta cumbre.

ZEN. ¿A mí al poder? hasta ahora
nada á esperarlo me induce.

DUQ. Podrá ser lo que decís,
mas. . . . dispensad que lo dude:
si no lo esperais, al menos
luchais con la incertidumbre. . . .
y vuestros ojos ahora
esta verdad me descubren.

ZEN. ¿Mis ojos? ¡Oh! . . . vuestra astucia
por ellos nada consulte,
porque le darán gran chasco
si espera que me denuncien.

DUQ. Sé vuestra serenidad. . . .
pero aquí á nada conduce
porque voy á hablar muy claro,
y quiero que el que me escuche
me conteste con la misma
franqueza que le pregunten.

ZEN. Con ella os contestará
si con ella se le arguye.

DUQ. El sistema de gobierno
que hay en España, produce
males sin cuento á la Francia. . . .
que no sé cómo los sufre,
y que no es justo, marqués,
que por mas tiempo la abrumen.
Sabeis el fraterno lazo
que á las dos potencias une,
y que son sus intereses
desde lo antiguo comunes;
por consiguiente es preciso
que este sistema se mude,
antes que tambien á España
graves perjuicios resulten.

ZEN. (¡Oh! ¡qué interés le inspiramos!

¡Veremos cómo concluye!)
UQ. ¿Qué decís?
EN. Nada: pensaba
en el lazo. . . . que nos une. . . .
UQ. Sí, tenedlo muy presente. . . .
EN. Proseguid, para que juzgue. . . .
UQ. Se trata de hacer ministro
á un hombre que al punto busque
los medios mas á propósito
para que todo se anude.
La Francia le sostendrá
mientras su objeto secunde,
y siempre que á todo trance
los de la Inglaterra fustre.
Hay muchos que lo apetecen,
pero pocos que disfruten
del prestigio que Ensenada;
y entre otros hombres ilustres
se ha pensado en vos; ahora
decid lo que se os ocurre. . . .
EN. Os doy mil gracias por eso. . . .
que no sé cómo titule,
porque hay cosas cuyo nombre
no hay labios que lo pronuncien.
Entre esos ilustres hombres
que apetecen ese ajuste,
y que nunca serán mas
que unos traidores ilustres,
podeis buscar un ministro
que nos venda y que os ayude,
y que sin remordimiento
á ser español renuncie;
que yo no acepto tratados
que al honor de Espaáa insulten,
ni quiero que mi conciencia
tenga nada que le punce.

Esto es lo que por de pronto
responderos se me ocurre.

DUQ. Vos no me habeis comprendido.

ZEN. Demasiado, señor duque.

DUQ. ¿Y renunciais al poder?

ZEN. ¿Os pasma que lo rehuse
un jóven, cuya ambicion
á tal alto grado sube?
¡Caprichos! tanta grandeza
no espereis que me deslumbre,
cuando se habla de traicion
de la lisonja al perfume,
¿qué es el poder? . . . renunciara
la vida sin pesadumbre.

DUQ. No sereis ministro, en tanto
que ese escrúpulo os sojuzgue.

ZEN. Eso es lo que no sabemos;
la fortuna es muy voluble.

DUQ. Pues temed que la Inglaterra
de iguales recursos use,
y entonces se pierda todo.

ZEN. Eso al monarca le incumbe.

DUQ. Mirad que circulan voces. . . .

ZEN. Bien, dejadlas que circulen.

DUQ. Mucho mister Kin trabaja;
medios de triunfar reune,
y á la señora marquesa
será fácil que derrumbe.

ZEN. Ellos allá que se entiendan
y que frente á frente luchen. . .
y ya veremos si al cabo
es ella ó él quien sucumbe.
Pero. . . . no perdais el tiempo
con pláticas tan inútiles:
volved al salon. . . . acaso
hallareis quien os tribute

gracias, y á todo se preste
con tal de que se le encumbre.
Duq. ¿Con que vos . . .
Zen. ¡Jamás, jamás!
Duq. Adios, marqués.
Zen. Adios, duque.

ESCENA VI.

Zenon.

A buena parte has venido;
me has dado á entender el juego. . . .
Y puede ser que haya estado
devanándose los sesos
para organizar el plan,
y para hacerme instrumento. . . .
precisamente, ninguno
pudiera servirle menos.
¡Pobre francés! . . . y qué enfático
y con qué inaudito imperio
pretende que á su manera
nuestra tierra gobernemos.
Y todo por nuestro bien. . . .
¡páguele el diablo su intento!
Si á su corte no le agrada
el neutral sistema nuestro,
tanto mejor, luche sola,
y ella sola pase el riesgo,
que aquí la paz nos conviene
y somos aquí primero.
Pues digo, ¿al tal mister Kin
dónde le colocaremos?
enredador, suspicaz,

se vale de cuantos medios
están al alcance humano
para vencer y envolvernos. . . .
y los dos con su cariño
nos tienen entre dos fuegos. . . .
¡Oh! . . . si en mi mano estuviera
ese poder tan supremo. . .
qué pronto se quitarian
tantos estorbos de en medio.
Pero me ha indicado el duque
que se maquina en silencio
para hacer que la marquesa
pierda su influjo. . . . ¡perversos!
ella es la que os tiene á raya
con su infatigable celo.—
Bueno será que lo sepa:
quiero avisarla al momento
para que esté prevenida,
porque esto se pone serio.
Acaso estará en palacio. . . .
si yo mismo. . . . ¡qué! . . . no puedo,
esa gente notaria
mi ausencia. . . . y luego, misterios. . . .
y ¿á quién he de confiar. . . .
escribir. . . . nada, cerremos,
(*Cierra la puerta del fondo.*)
cerca está; por el jardin
salgo, y al instante vuelvo. . . .
(*Sale la marquesa por la puerta de la derecha.*)

ESCENA VII.

La Marquesa.—Zenon.

N. ¡Ah!
RQ. Que Dios guarde á vuecencia.
N. Marquesa, mucho me alegro
de veros tan á propósito.
¡Oh! . . . sí, venís muy á tiempo.
RQ. ¿Qué sucede?
N. Iba á buscaros.
RQ. ¿A buscarme? . . . y bien, ¿qué es ello?
N. Ahora mismo, aquí he tenido
con el de Francia un encuentro,
y con varias condiciones,
bien humillantes por cierto,
me ha revelado su plan,
me ha ofrecido el ministerio.
Con enojo he rechazado
tan miserable proyecto,
y entonces salió á buscar
con quien ponerse de acuerdo;
pero añadió al retirarse
que el de Inglaterra en secreto
conspira, y contrarestar
vuestro influjo se ha propuesto.
A palacio iba á buscaros,
pero sin duda aquí el cielo
os trajo.
RQ. ¡Ja! . . . ¡ja! . . .
N. ¿Os reís?
RQ. Sí, sí; mucho os agradezco

el generoso interés
que os habeis tomado. . .

ZEN. Pero. . . .

MARQ. No ignoro de mister Kin
cuáles son los pensamientos,
ni á lo que aspira llegar
con sus planes maquiavélicos.
para separar los lazos
estrechísimos que tengo
con la reina, ¿á quién pensais
que eligen por instrumento?
A doña Clara Fajardo.

ZEN. ¿Qué me decís?

MARQ. Es lo cierto.

ZEN. ¿Y pensais que ella se preste?

MARQ. Mucho la hostiga Santello;
mas no sirve doña Clara
para embrollos palaciegos,
ni es capaz de dar abrigo
á la traicion en su pecho.
No obstante, como se explotan
en mi daño varios medios,
sabe Dios si con alguno
coronarán sus deseos.
Tengo muchos enemigos,
muchos que envidian mi puesto
y en secreto se conjuran;
podrán vencerme, y espero
que vos me protegereis. . . .

ZEN. ¿Yo, marquesa, protegeros?

MARQ. Vos, sí, señor.

ZEN. ¡Olvidais
que mi destino y el vuestro
en todo marchan unidos,
y que iguales quedaremos?

MARQ. ¡Quién sabe. . . .

ZEN. Y un débil vástago
trasplantado en el desierto,
lejos del árbol frondoso
que le dió vida y sustento,
¿qué sombra podrá ofrecer
al fatigado viajero?
MARQ. Mucha, marqués, no sabeis
lo que estais ahora diciendo;
porque ese vástago débil
ha brotado tan soberbio,
y tan lozano ha tendido
su ramaje sobre el viento,
que es ya coloso y vegeta
con su sombra oscureciendo
al árbol que fué gigante
y á quien debió el ser primero.
ZEN. No os entiendo. . . .
MARQ. No es extraño,
mas lo entendereis muy presto,
pues no quiero que ignoreis
ciertas nuevas por mas tiempo.
ZEN. Cuáles, decid. . . .
MARQ. Saludad
al rey don Fernando sexto
que se ha servido nombraros
su ministro. . . .
ZEN. ¡Santos cielos!
¡Señora! . . . ¿podrán mis hombros
sostener tan grave peso?
MARQ. Cuidado con vacilar
en tan crítico momento:
nada se sabe hasta ahora:
y si el campo les cedemos,
podremos ser los vencidos
y los vencedores ellos.
¿Que si podreis? . . . os lo juro,

fuerzas teneis, y á lo menos
vuestra intencion será pura
y español vuestro gobierno.
Y os aseguro, Ensenada,
que con buena fe y talento,
es como se consolida
el bienestar de los pueblos.

ZEN. Vuestras palabras, señora,
dan nueva fuerza á mi aliento
y avivan el fuego patrio
que en el corazon encierro.
No os engañais, mi intencion,
mi constante pensamiento,
será que el nombre de España
se pronuncie con respeto
desde los ardientes climas
hasta la region del hielo.
Yo cubriré de bajeles
el océano turbulento,
y clavaré de Castilla
el estandarte soberbio
sobre las nevadas cumbres
de los altos Pirineos.

MARQ. Eso es lo mas importante
y hareis lo que nadie ha hecho.
En breve os remitirán
de palacio el nombramiento,
pues iba, cuando he salido,
el secretario á extenderlo.
Además. . . .

(*Siguen hablando aparte. El conde entreabre la puerta del fondo y asoma la cabeza.*)

COND. ¡Qué recatados!
y aquí los dos en secreto. . . .
si yo pudiera vengarme
de los dos á un mismo tiempo. . . .

Voy á hacer que los sorprendan
y á que cunda su descrédito. (*Ocúltase.*)

MARQ. No lo dudeis, eso ha dicho.

ZEN. Pues os juro que lo siento,
creerá. . . .

MARQ. A vuestra elevacion,
no vos, el rey lo ha dispuesto,
es preciso que acompañe
el destierro de Santello.
Mister Kin ha hecho regalos
á todos los consejeros
y estos son los que al monarca
sus planes han descubierto.
Ya veis. . . .

ESCENA VIII.

MARQUESA.—ZENON.—LACAYO.

LACAYO. Señor. . . .

ZEN. ¡Qué sucede!

LACAYO. Perdonad mi atrevimiento,
pero en un coche ha llegado
una dama, y con empeño
pretende que la escucheis
á solas breves momentos.

ZEN. Una dama. . . . y ¿quién? . . .

LACAYO. Lo ignoro.
El rostro tiene cubierto,
y no ha querido decirme
su nombre.

ZEN. (*A la marquesa.*) No sé si debo. . . .

MARQ. Recibidla. . . .

ZEN. (*Al lacayo que se retira.*) Bien, que pase.

Pero ¿quién será?

MARQ. Hasta luego.

ZEN. ¿Os vais?

MARQ. Por allí saldré:
(*Señalando á la izquierda.*)
interrumpiros no quiero. . . .

ZEN. ¿Interrumpir? . . . esperad,
no presumo. . . .

MARQ. Solo os dejo;
¿no recordais que esa dama
á solas pretende veros? . . .
(*Dirigiéndose á la puerta.*)
Cuidado con las audiencias
secretas. . . . (*Entornando la puerta.*)
Aquí la espero. . . .

ESCENA IX.

CLARA.—ZENON.—LA MARQUESA *escondida.*

ZEN. (*Mirando por la derecha.*)
¡Ah! . . . ¡cielos! . . . ¡qué compromiso!
¡Clara! . . .

CLARA. (*Descorriendo el velo.*) Sí, yo soy. . . .

ZEN. Señora. .
vos aquí. . . . tan de improviso. . . .

CLARA. ¡Oh! . . . sí, sí. . . .

ZEN. Tan á deshora. . . .

CLARA. He atropellado por todo
para cumplir mis deseos;
ni era fácil de otro modo. . . .
vengó á implorar tu. . . .

ZEN. Teneos. . . .

CLARA. ¡Teneos! . . . ¿qué es esto? . . .

ZEN. Es. . . .
CLARA. ¿Mi vista te es ya enojosa?
¿Así recibe el marqués
de la Ensenada á su esposa?
MARQ. ¡Ah! . . . (*Cerrando la puerta.*)
CLARA. ¡Quién! . . .
ZEN. ¡Hum! . . . nos has perdido:
¡nos estaban escuchando!
CLARA. Mas. . . .
ZEN. (*Abriendo la puerta de la izquierda.*)
Señora. . . . ya ha partido.
CLARA. Pero . . . ¡quién! estoy temblando.
ZEN. La marquesa. . . .
CLARA. ¡Ah! . . . ¡ella aquí!
ZEN. Sí, para asuntos de estado. . . .
CLARA. ¿Con que eres ministro?
ZEN. Sí.
¡en qué ocasion has llegado! . . .
le ha dado tu ofensa vana
nuestro secreto á entender. . . .
no me importara mañana,
pero hay nos puede perder. . . .
CLARA. ¡Cómo! . . .
ZEN. ¿Llegaste á olvidar
del real palacio las leyes?
tú no te puedes casar
sin licencia de los reyes.
Y caeremos en desgracia
si nos descubre. . . .
CLARA. ¡Oh! . . . sí, sí:
¿tú sientes perder su gracia? . . .
ZEN. ¡No! . . . si lo siento es por tí.
¿Proponerte á mi ambicion?
Su gracia. . . . ¡me has ofendido!
CLARA. ¡No, nada he dicho, perdon! . . .
ZEN. Pero, bien, ¿qué ha sucedido? . . .

Ven, sígueme á otro aposento,
aquí te pueden hallar. . . .

CLARA. No, escucha solo un momento,
porque te voy á dejar.
En palacio me han contado
que en breve. . . . ¡qué agitacion!
mi padre va á ser llevado
á una perpetua prision.
Ya que el poder te sublima,
que cese tu antiguo encono,
y no consientas que gima
en tan horrible abandono.
En que es anciano repara.
y considera, por Dios,
que es el padre de tu Clara. . . ,
que alcanza ese golpe á dos.

ZEN. Advierte, mi bien, primero
que no le impuso mi encono
ese castigo severo;
es emanacion del trono. . . .

CLARA. Mas tú puedes endulzar
su extremada suerte impía. . . .

ZEN. Mi sangre por alcanzar
su perdon derramaria.

CLARA. ¿Y no hay remedio?

ZEN. No sé. . . .
pero calma tu dolor:
yo con mi rey cumpliré. . . .
y cumplire con mi amor.

(*Se abrazan al tiempo que se abre la puerta del fondo y salen don Diego, el Conde y escaso número de caballeros que se detienen en el dintel de la puerta.*)

ESCENA X.

CLARA.—ZENON.—D. DIEGO.—EL CONDE.—CABALLEROS.—*Después* MAURICIO.

COND. ¡Qué noche tan calorosa!
Aquí. . . .
DIEGO. ¡Mi hija!
ZEN. (¡Ah! ¡Desdichada!)
(*A los circunstantes.*)
Sí, señores; es la esposa
del marqués de la Ensenada.
DIEGO. ¡Vuestra esposa!
ZEN. Sí señor.
DIEGO. ¡Infame!
MAUR. (*Que sale por la izquierda.*)
¿Qué bulla es esta?
¿A qué viene ese furor?
¿Se nos ha aguado la fiesta?
ZEN. (*Entregándole á Clara.*)
Guardadla cual corresponde,
señor, á vos os la entrego. . . .
(*A los demás.*)
Dejadme aquí con el conde
y con el señor don Diego.
(*Cerrando la puerta.*)
No es justo que la funcion
se altere ni la alegría. . . .

ESCENA XI.

ZENON.—D. DIEGO.—EL CONDE.

COND. (Me lucí, por vida mia.)
DIEGO. Decid, ¿tan grande traicion
de cierto habeis cometido?
ZEN. ¿Traicion en vuestro despecho
llamareis al lazo estrecho
que por siempre nos ha unido?
COND. (Pero este hombre es el demonio.
¡Qué atroz! . . . ¡esto al cielo clama! . . .
ayer me quitó la dama
y hoy me quita el matrimonio. . . .)
DIEGO. ¿Y qué cuenta le dareis
á mi honor nunca manchado,
babiéndolo así ultrajado?
ZEN. ¿Yo?
DIEGO. ¿Qué le respondereis?
Me habeis injuriado, sí,
con intencion bien cobarde,
y habeis después hecho alarde
de mi deshonor aquí.
Mas. . . . yo quedaré vengado:
comprendo bien el objeto
de ese lance tan secreto. . . .
pero os habeis engañado.
¡Oh! ¿llegásteis á entender
mi próxima elevacion,
y buscais la salvacion
por medio de una mujer?
ZEN. ¡Don Diego! . . . no prosigais;

fatal estais esta noche;
ved que con tanto reproche
de mi paciencia abusais.
Si Clara mi esposa es,
solo ha entrado en esta union. . . .
por todo mi corazon
y por nada el interés.
Y sabia por demás
que á la cartera aspirábais,
y sabia que soñábais. . . .
porque era un sueño y no mas.
En fin, señor, si á los dos
hoy nos habeis sorprendido. . . .
nuestra la culpa no ha sido,
vos la teneis, solo vos.
Debiérais pedirme albricias. . . .
Por lo demás. . . . delirais,
ó muy atrasado estais,
señor marqués, de noticias.

ESCENA XII.

Zenon.—D. Diego.—El Conde.—El Lacayo

Diego. ¡No!
Lacayo. Un portero de palacio
Estos pliegos. . . .
(*Se los da á Zenon y se retira.*)
Diego. (*Con ansiedad.*) ¿Para vos?
Zen. Este sí. . . . y este, los dos.
(*Abre uno y lo recorre brevemente.*)
Perdonad. . . .
(*Dándoselo á don Diego.*)
Leedlo despacio.
(*Abre el otro y lo examina.*)
Cond. Este hombre es original. . . .
y vaya si me ha jugado
dos ó tres. . . . y bien mirado
no puedo quererle mal. . . .
Pero, bien lo sabe Dios,
si le pillo, por quien soy. . . .
Zen. ¿Conde?
Cond. ¿Sabeis que me voy
reconciliando con vos?
Sois galan de buena ley. . . .
Zen. Tal vez esa voluntad
dure poco. . . .
Cond. No.
Zen. (*Dándole el papel.*) Mirad.
Cond. (*Buscando la firma.*)
¿Y qué es esto? ¡Hola! "Yo el rey."
Diego. Le nombran ministro. . . . ¡Ay Dios!

¡y me he dejado engañar!
D. Vuelta otra vez á viajar;
nos destierran á los dos. . . .
GO. ¡Qué dices!
ID. (*Dándole el papel.*) Nada, friolera;
mirad, el rey lo ha mandado. . . .
Amigo, (*A Zenon.*) os habeis portado;
pedir mas, ambicion fuera. . . .
GO. ¡Ah!
N. No, estais en un error;
no os quito yo la real gracia;
me duele vuestra desgracia
tanto como á vos, señor.
Sí, de la corte saldreis,
fuerza es prestar obediencia;
mas. . . . calmad vuestra impaciencia,
que en breve aquí volvereis.
Y si volveis bien curado,
yo me daré buena traza
para que halleis una plaza
en el consejo de Estado.
EGO. La proteccion ¡vive Dios!
que sin tiempo me ofreceis,
os ruego que la guardeis
por si os hace falta á vos.
¿Acaso habeis olvidado
ufano con tal conquista
que con una camarista
ciego os habeis enlazado?
Y vos podeis ignorar
que sin licencia. . . .
N. ¡Señor!
EGO. ¿No sabeis tan grande error
adónde os puede llevar?
N. Pero ¿vos capaz sereis. . . .
Ved que á Clara de ese modo. . .

DIEGO. ¡Oh! . . . por vengarme, de todo,
de todo, no lo dudeis.
COND. (Vaya en otra nueva lid. . . .)
ZEN. Que es hija vuestra. . . .
DIEGO. Jamás.
O vos ó yo, nada mas.

(*Abrese la puerta del fondo y aparece la marqu conduciendo á Clara, y seguidas de Mauri Keen, el Duque, y crecido número de dama caballeros.*)

ESCENA ULTIMA.

LA MARQUESA.—CLARA.—ZENON.—D. DIEGO.—CONDE.—MAURICIO.—KEEN.—EL DUQUE.—DA Y CABALLEROS.

MARQ. Venid, señores, venid,
y cumplamos con la ley
entre nosotros sagrada:
saludemos á Ensenada
primer ministro del rey.

(*Señales de alegría entre las damas y caballer*

ZEN. Señora. . . .
MARQ. Estais en presencia
de vuestra esposa. . . .
(*Entregándole un pliego.*)
Tomad,
esta es de su majestad
la aprobacion y licencia.
ZEN. (*Bajo y con entusiasmo.*)
¡Ah marquesa generosa!
MARQ. (*Lo mismo.*) Os perdono. . . .
ZEN. Bien se ve.
MARQ. (*Alto.*) Y si lo aprobais, seré

madrina de vuestra esposa.
ND. (*A Diego.*) Ya lo veis.... no hay remision....
EGO. ¡Qué fortuna tan sin tasa!
UR. (*A Diego.*) En la Rioja hay una casa
que está á su disposicion.
Si hay destierro, menos malo,
haga usté ese sacrificio.
EGO. Mil gracias, señor Mauricio:
acepto vuestro regalo.
Q. (*A Keen.*) ¿Lo habeis elevado vos?
EN. Vos habeis sido.—
Q. ¿Estais loco?
EN. Pues yo, no.
Q. Ni yo tampoco.
N. (*Colocándose entre los dos.*)
Sí, ninguno de los dos,
Y no os molesteis en vano
señores, pues si me elevo
es solo porque lo debo
al favor del soberano.
¿Lo entendeis?.. desde hoy será
otro de España el destino,
y jamás del buen camino
ninguno me apartará.
Ya quedareis enterados:
Nada pretendais de mí,
porque no hacen falta aquí
(*Al duque.*) ni tutores... (*A Keen.*) ni aliados.
Q. (Pediré mis pasaportes.)
EN. (Pues señor, vuelta á empezar.)
N. ¡Eh! . . . señores, á bailar.
UR. Dios bendiga á los consortes.
Chico, chico, oye un consejo:
tú eres mozo y tienes ciencia,
pero yo tengo experiencia,
que de algo vale el ser viejo.

Nada puedo darte ya
que á tu buena suerte cuadre
sino el consejo de un padre
que en breve te dejará.
No atiendas á la malicia:
á los nobles y al pechero
mídelos por un rasero;
justicia, Zenon, justicia.
No admitas traba ninguna:
sé libre: las manos sueltas. . . .
pues siempre está dando vueltas
la rueda de la fortuna.
(*Se abrazan y cae el telon.*)

FIN DE LA COMEDIA.